

La **admiración** (socrática) es un presupuesto del arte de filosofar. Todo hombre, por el mero hecho de serlo, se siente llamado a interpelarse y a interpelar la realidad que le rodea.

Sin **admiración** la vida se convierte en anodina, termina **perdiendo sentido**. En parte, el secreto de la felicidad es volver a las cosas mismas: recuperarlas con la ilusión de la primera vez.

La **admiración** de que hablan estas páginas va referida casi exclusivamente a lo **ya conocido**. Volver a ver con **ojos nuevos** lo que ya está a punto de producirnos cansancio es, no cabe duda, una conquista.

**Miguel-Ángel Martí García** (Valencia, 1945), es Catedrático de Filosofía. Ha publicado en esta editorial

*La ilusión* (5.ª ed.); *La intimidad* (5.ª ed.),

*La tolerancia* (4.ª ed.), *La convivencia* (5.ª ed.),

*La madurez* (4.ª ed.), *La sensibilidad* (2.ª ed.),

*La afectividad* (2.ª ed.), *La elegancia* y las novelas

*Atardecer en el Sur* y *Luz entre naranjos* (en prensa).

En todos sus escritos pretende hacer una **analítica existencial** en torno a la **autenticidad** del hombre.

LA ADMIRACIÓN

# LA ADMIRACIÓN

*Saber mirar es saber vivir*

Miguel-Ángel Martí García



Ediciones Internacionales Universitarias

ISBN 84-89893-88-8



9 788489 893887

100  
M2



Yme

*En tu semblante irradia  
la inocencia primera que debió  
tener la vida de los hombres  
cuando sólo existía la confianza,  
una ternura ciega y el amor era eterno.*

JUSTO JORGE PADRÓN  
El abedul en llama

Cuantos han colaborado en esta edición agradecen el respeto a la propiedad intelectual

Primera edición: Enero 1997

Segunda edición: Febrero 2000

Tercera edición: Octubre 2001

© 2000. Miguel-Ángel Martí García  
Ediciones Internacionales Universitarias, S.A.  
Pantoja, 14 bajo – 28002 Madrid  
Tfno.: +34 91 519 39 07 – Fax: +34 91 413 68 08  
e-mail: eiunsa@ibernet.com

© Foto cubierta: *Concha en Jávea*. Joaquín Sorolla, VEGAP.  
Madrid, 2001.

*A José-Lorenzo, mi hermano gemelo,  
con quien aprendí a admirar*



ISBN: 84-89893-88-8 • Depósito legal: NA 2.654-2001

Impreso en España: Gráf. Lizarra, S.L. Ctra. Tafalla, Km. 1. Estella (Navarra)

## Índice

PRÓLOGO .....	15
SUPUESTOS PREFILOSÓFICOS .....	17
La acción .....	19
El pensamiento .....	20
El filosofar .....	22
La recreación .....	23
LA ADMIRACIÓN SOCRÁTICA .....	27
Aprender a mirar .....	29
La contemplación .....	31
La admiración de la persona .....	32
Admiración imitativa .....	34
Admiraciones particulares .....	35
La admiración por lo nuevo .....	37
Las falsas admiraciones .....	39
Grandes personajes .....	41

Realidad ignorada .....	42	La muerte .....	89
El acostumbramiento .....	44	Los amigos .....	90
El desencanto .....	46	Los niños .....	92
Estrenar la vida .....	47	La juventud .....	93
El aburrimiento .....	48	Los enfermos .....	95
Estar de vuelta .....	50	Preocupaciones humanas .....	97
AXIOLOGÍA BIOGRÁFICA .....	53	La propia vida .....	98
Riquezas interiores .....	55	El tiempo .....	100
El bien .....	57	El narcisismo .....	102
La belleza .....	58	La envidia .....	103
La verdad .....	60	LA NATURALEZA Y EL ARTE .....	107
Las virtudes .....	61	La Naturaleza .....	109
Austeridad .....	63	El paisaje .....	111
La sencillez .....	64	El mundo de los artefactos .....	112
La pobreza .....	66	El silencio .....	114
La paz .....	68	La poesía .....	116
La elegancia .....	69	La novela .....	117
Solidaridad .....	71	EPÍLOGO .....	119
La tolerancia .....	73		
EN TORNO AL HOMBRE .....	75		
El cuerpo .....	77		
La inteligencia .....	79		
La sexualidad .....	81		
El estudio .....	82		
Las cosas bien hechas .....	84		
La vocación profesional .....	85		
El amor .....	87		

## Prólogo

El activismo y el consumismo son actitudes opuestas a esta otra que queremos sea nuestro estudio en este libro que ahora iniciamos: *la admiración*. Quien hace de la vida *pura acción* o quien necesita constantemente de *nuevas adquisiciones*, son personas incapacitadas para *re-descubrir ese quid que todas las cosas esconden*. Estas páginas quieren ser, pues, una invitación para que *seamos capaces de volver a las cosas mismas* despojadas de las capas de maquillaje que las ocultan. Un título que también hubiera sido acertado para este estudio sería *La sencillez*. Es que la admiración sólo nace en quien ha conquistado la *sencillez*. Los derroteros sofisticados nunca empiezan y terminan en la *admiración*. En cambio, quien es tan sencillo de ver las cosas por *primera vez* se siente removido interiormente por el sobresalto de la *admiración*. La *admiración* es una actitud importante porque en ella radica parte de nuestra *felicidad*.

Sin ese *re-encuentro* con las cosas se hace difícil hallar uno de los secretos de la felicidad; ésta la ponemos a veces demasiado lejos cuando en realidad está muy cerca.

## Supuestos prefilosóficos

### *La acción*

La vida de hoy es tan compleja que con dificultad nos queda espacio y tiempo para *la contemplación y la reflexión*. Prima sobre todo la *acción*. La vida se diseña para que el hombre haga muchas cosas en poco tiempo. Las distancias, los teléfonos, los coches... todo está confabulado para hacer de la vida un poco más de una serie de acciones acumuladas sobre una misma persona. No es fácil salirse de esta espiral, porque todo te conduce a hacer y seguir haciendo cosas. La *eficacia* es uno de los valores más en alza. Ser una *persona eficaz* es lo mismo que serlo todo. Ser eficaz es el objetivo máximo que se puede alcanzar en una sociedad en la que se valora ante todo la *operatividad*. Quien tiene *capacidad de gestión* es fácil que triunfe en la vida porque la vida pide eso: hombres que sepan solucionar bien y rápidamente los asuntos que se



les planteen. Si esto en cierta medida está bien en el ámbito profesional, cuando se extrapola a la vida misma entonces no tiene justificación alguna. Hay que reivindicar tiempos para la *contemplación*, la *reflexión*. El hombre que no accede a estos espacios de tranquilidad y sosiego, donde puede hacerse a sí mismo preguntas *entrañablemente humanas*, corre el riesgo de alienarse, de perder su propia identidad al ser devorado por la vorágine de su propia *acción*. ¿Y qué hacer para sobrevivir en este paisaje humano atravesado por la *acción*? Desde luego no es una tarea fácil y quien lo intente se dará cuenta pronto que tiene todo en contra. Pero a pesar de ello lo conseguirá, si está muy convencido de su objetivo.

### *El pensamiento*

No hay mejor objetivo para darle a la vida un sentido que convertir al *pensamiento* (el mundo de la reflexión) en el *gran protagonista de nuestra existencia*. Acostumbrarse al análisis, al estudio minucioso de todo lo que nos rodea para sacar conclusiones es una tarea que verdaderamente vale la pena. La vida no es chata, no está reducida a una única dimensión, sino que su lenguaje es polivalente, y se necesita del ejercicio de la inteligencia para hacer de ella una lectura que, en efecto, nos enriquezca y nos sirva para entender lo que es la aventura humana. *Vivir la vida no es vivirla del todo, si no se vive reflexivamente*: éste

es, sin duda, nuestro punto de partida. Sin esta actitud de búsqueda para *lo ya conocido* nuestra *capacidad de admiración* queda casi anulada a cuatro hechos más o menos extraordinarios, y lo demás se reduce a un desierto donde todo es arrasado por la monotonía. Es la inteligencia con su capacidad de análisis quien sabe descubrir matices, coincidencias y nexos. De no actuar ella, muy posiblemente no caeríamos en la cuenta de los mensajes que el ejercicio de la vida nos ofrece. Es necesario *pararse a pensar*, para ver si los hechos recientemente acaecidos nos arrojan luz sobre alguna verdad ya conocida o por conocer. *La vida no enseña, lo que enseña es la lectura que nosotros hagamos de ella*, porque esa lectura está hecha con la inteligencia, que es la que nos acerca a la verdad. Sólo si nuestra inteligencia desprecia (no considerándolo importante) lo que la vida en cada momento nos ofrece, entonces se hace muy difícil *admirarse* por algo. Es necesario para que la *admiración* se dé un cierto atisbo de inquietud intelectual. *El deseo de conocer* es previo a todo *acto de admiración*. Pero no se trata tanto de un *conocimiento científico* (que también puede ser), sino lo que yo llamaría *profundizar en la vida misma*. Tal vez la explicación de esta última afirmación mía la podamos encontrar en la Filosofía. Es sabido que Platón consideraba «el admirarse como un sentimiento propio del filósofo y que la filosofía no tenía otro origen que la *admiración*»<sup>1</sup>.

1. PLATÓN, *Teeteto*, 155d.

Y lo mismo afirma Aristóteles cuando dice: «por la *admiración* comenzaron los hombres a filosofar en un principio y siguen ahora filosofando»<sup>2</sup>. Tanto Platón como Aristóteles vinculan la acción de admirarse al hecho de filosofar, y teniendo en cuenta que todo hombre por su mera condición humana es un filósofo, se concluye, así pues, que todo hombre puede hacer de la *admiración* un ejercicio para interpretarse a sí mismo como verdadera persona.

### *El filosofar*

El hombre necesita —lo quiera él o no— preguntarse por las grandes cuestiones que enmarcan su vida, y al hacerlo con mayor o menor éxito está *filosofando* y, como hemos visto, en el inicio de todo filosofar está la *admiración*. ¿y de qué se admira el hombre? Pues, en primer lugar, de sí mismo. También es verdad que el Cosmos, la Naturaleza puede convertirse en objeto de atención de su estudio. Pero el hombre moderno está tan mediatizado por el propio hombre, que difícilmente escapa de su esfera. Nosotros somos para nosotros mismos a la vez sujeto y objeto de conocimiento. El problema radica en la cercanía de ambos y se hace necesario distanciarlos para que se pueda llevar a cabo la *admiración* que busca *conocer por primera vez lo*

*que ya es «sabido»*. Tal vez hoy se esté dando de lado a las cuestiones que nos plantean los problemas más serios de la vida. ¿y cuáles son éstos? Los que siguen siendo válidos ante la presencia de la muerte. *La muerte hace necesaria la Filosofía*, y la Filosofía nace con la *admiración*. ¿No será, pues, que de lo primero que debe admirarse el hombre es de *su propia muerte*? porque en ella adquieren sentido los valores a tener en cuenta en la vida. *Es un mal principio* y un falso artificio el obviar cuestiones primordiales porque resultan comprometedoras. A veces da sensación que todo tiene importancia menos lo que en realidad la tiene. Y entonces sólo queda el remedio de ir por la vida como un astronauta con unos valores distintos a los de los terrestres. Es una pena que la actividad del filosofar en los distintos niveles haya retrocedido en las actividades del hombre. Nada hay conquistado y seguro en el horizonte existencial del hombre que no necesite de la búsqueda intelectual.

### *La recreación*

Las cuestiones límite que tocan los temas más importantes de la vida del hombre deben ser objeto, como hemos visto, de la *admiración filosófica*, pero hay también otro tipo de *admiración* cuya finalidad es *recrearse en pequeños detalles de la vida*, que de no proponérselo pasarían inadvertidos, porque hay en el hombre una tendencia a acostumbrarse a lo ya conocido, más si

2. ARISTÓTELES, *Metafísica*, BK982B11SS.

estas cosas no tienen gran relevancia, y es aquí precisamente donde el hombre debe hacer un esfuerzo para recuperar el mundo en toda su pureza, ya que si no lo hace lo pierde. No es, en verdad, fácil no acostumbrarse a las cosas, y a la vez es muy necesario para ser feliz. ¡Cuántos detalles son capaces de iluminar nuestra vida cuando sabemos *re-crearlos*! Tal vez parte del problema resida en la riqueza de nuestro mundo circundante. Somos bombardeados por tantas sensaciones que terminamos por no hacer caso a ninguna. Y esta actitud es un grave error. De seguir este camino la vida se empobrece, y se hace difícil recobrar la ilusión. Sólo se esperan los grandes acontecimientos para encontrar en ellos un resquicio de luz que dé sentido y alegría a la existencia humana. No deja de ser éste un camino equivocado. La solución está en *re-descubrir* y *re-crear* esas pequeñas cosas que pueblan nuestro universo. ¿Y qué camino seguir para esta *re-creación* de lo ya conocido? El camino pasa por caer en la cuenta de que las cosas sencillas tienen mucho más que decirnos de lo que habitualmente nos dicen. Esta es, sin duda, la clave para *re-crear* nuestro mundo. Hay que decir no a la *costumbre* que nos ofrece una visión chata de la vida desprovista de toda su riqueza. Con demasiada facilidad damos por conocidas las cosas sin reparar siquiera en aquellos detalles que los particularizan y las llenan, tal vez, de belleza. Desde estas páginas quisiéramos insistir en decir que no, que hay que detenerse en las maravillas de cada una de las realidades de nuestro

mundo circundante. Una cosa es lo que la realidad es; y otra, lo que nosotros pensamos de ella. El *secreto* radica en que lo que nosotros *pensamos de la realidad* no se empobrezca en ese paso que va desde la realidad misma a nuestro pensamiento. Dependerá, pues, de nosotros, de nuestra contemplación atenta de la realidad, el que no se produzca esta pérdida.

La admiración socrática

### *Aprender a mirar*

No es suficiente ver las cosas, es necesario mirarlas y *mirarlas bien* para descubrir en ellas ese *algo de nuevo* que siempre llevan consigo. La rutina y la precipitación son los peores enemigos para tener una observación minuciosa de la realidad. La rutina anula todas aquellas cualidades que particularizan a las cosas y de este modo consigue un paisaje monótono y uniforme, donde difícilmente algo es resaltable, y anida el aburrimiento. La precipitación, por otro camino, también lleva a la misma monotonía paisajista y al tedio, porque falta la serenidad suficiente para coger en el ánimo lo que el mundo exterior —también el interior— ofrece. El problema está en que, en el mejor de los casos, se cuestione si existe siempre en las cosas ese algo capaz de atraer la atención del

hombre. Se necesita tener un alma muy joven y una sensibilidad muy cultivada para mantener el espíritu receptivo a esos *guiños* con que la realidad nos sorprende. Los poetas sí que han sabido encontrar en la realidad cotidiana un mundo nuevo poblado de objetos que un obstinado racionalista no acertaría a identificar. Pero hay que dar la razón a los poetas, ellos nos dan una lección de *aprender a mirar*, aunque a veces tengamos que reconocer también que su mirada va demasiado lejos. Antes decíamos que todo hombre por el mero hecho de serlo tenía la condición de filósofo, ahora tendremos que recordar que todos tenemos un alma de poeta que intenta descubrir, como decía Federico García Lorca, el misterio que tienen todas las cosas. Efectivamente es así, con dificultad la realidad se deja apresar por un análisis racional, siempre queda *un algo* que se escapa, y ese *algo* es la dimensión poética del objeto. Pienso que con demasiada ligereza se arrincona la poesía en las bibliotecas y a los especialistas, sin caer en la cuenta que la poesía es una dimensión misma de las cosas. La luz, el color, los aromas, los sentimientos, las emociones, etc... no constituyen una estructura artificial independiente de las cosas, o dicho en otros términos, *la poesía no es una pura arbitrariedad*. No. La poesía está en las cosas mismas por el mero hecho de ser. Toca al hombre en su contemplación de la realidad y de él mismo descubrirlo, como quien se encuentra un tesoro.

### *La contemplación*

*La contemplación* es un elemento integrante de la *admiración*. Para llegar a *admirarse* es preciso antes haber *mirado con cariño*, que esto es *la contemplación*, al objeto. No todo el mundo tiene *alma contemplativa*, aunque todos pueden tenerla. Ser *contemplativo* es más bien una actitud que una acción puntual. Ser *contemplativo* es, qué duda cabe, una filosofía de la vida, un modo de enfrentarse con la existencia. La *contemplación* es una instalación *admirativa* de la vida, tanto exterior como interior. El adjetivo *contemplativo* se suele unir al sustantivo *alma*, y se habla así de *almas contemplativas*, entendiéndose por esta expresión personas que tienen un trato íntimo con Dios. Pero la contemplación no se reduce únicamente al ámbito religioso. Se puede *contemplar* un paisaje como se puede *contemplar* la carita de un niño, pero a las *contemplaciones* que no pertenecen al mundo religioso se les suelen dar un carácter puntual, pero no se les da la categoría de *hábito*. Y desde estas páginas estamos precisamente reivindicando el carácter de actitud para la *contemplación no religiosa*. Lo que sí es cierto es que esta *contemplación* no puede darse si el sujeto interiormente no dispone de resortes internos, que enriquezcan la mirada de quien *contempla*. El alma tiene mucho que decir cuando se trata de la *contemplación*, porque ésta consiste en la apertura hacia el ser, la belleza, la verdad y el bien. No es fácil vivir *emocionadamente* la vida. En cambio es una au-

téntica aventura. Las cosas más sencillas se abren a los ojos del espectador como una maravilla. El agua, los colores, la luz, los aromas... tienen una entidad suficiente para llenar de entusiasmo alegría la vida del hombre. El alma despierta un mundo nuevo que le es dado como un don que le satisface plenamente.

### *La admiración de la persona*

También hemos de *admirarnos* de las personas. No podemos masificarlas o uniformarlas. Cada una es un ser único y por eso pueden ser objeto muy especial de *admiración*. La actitud frente a los demás debe ser de apertura, porque siempre nos pueden sorprender, ya que su personalidad es una *estructura abierta*, que no actúa de forma absoluta bajo ningún determinismo, por eso siempre podemos *admirarnos* ante una respuesta distinta a la que suponíamos. No olvidemos que también lo conocido de una persona puede ser objeto de *admiración*; desde luego será una admiración más reflexiva, pero habrá un *caer en la cuenta* de uno de los valores que esa persona tiene. Y justamente esta *admiración* es la más importante por tratarse de personas *conocidas*, que generalmente son las más y con las cuales tenemos también un trato mayor. ¿Y qué obstáculos hemos de superar para *admirar* a una persona conocida? El primer obstáculo es el *acostumbramiento*, éste incapacita —si uno no se resiste a él— para ver en la otra persona cual-

quier cosa que no sea las ya sabidas. Se adivinan las contestaciones, se *presupone* determinada actitud, *se dan por supuesto* ciertos comportamientos. No se contempla la posibilidad de que el otro cambie y actúe de forma distinta a la prevista. No se le da ninguna posibilidad a un cambio. Y puesto que se da por sabido que todo va a ser siempre igual, no hay espacio para la *admiración*, porque incluso este tipo de personas suele cerrarse también ante lo conocido, anulando que se pueda dar la *admiración*. Otro obstáculo es *infravalorar* al otro, y por eso no esperar nada nuevo de él. A esta objeción habría que decir, en primer lugar, que una persona no responde de la misma forma a los distintos factores de la inteligencia. Puede destacar en muchos, mientras que en otros no. Y si nos fijamos en los que sobresalen —que normalmente no se hace así— podremos tener oportunidad de *admirarnos* por su respuestas imaginativas e inteligentes. Pero con más frecuencia —no sé por qué— nos solemos fijar más en los aspectos negativos de la persona, surgiendo así el acostumbramiento y el desencanto. Y otro obstáculo, para que la admiración se lleve a cabo con personas conocidas, es *anteponer* siempre los hechos pasados de una persona a los presentes. Se tiene más en cuenta lo que se era, que lo que se es. O dicho de otra forma, se ven con *los ojos del ayer* lo que se está haciendo hoy, y de esta forma se hace imposible la *admiración*.

### *Admiración imitativa*

Donde sí recalca nuestra *admiración* con frecuencia es en algunas *determinadas personas*. Nos sentimos atraídos por su forma de ser y de comportarse. Valoramos en ellas quizá lo que a nosotros nos falta. Y así de una forma espontánea surge esta *actitud admirativa*, que llevará a comportarse de la misma manera como lo hace la persona que admiramos. Hay mucho de mimetismo en nuestra conducta. Con facilidad incorporamos modos que vemos en los demás. También es verdad que esta tendencia a imitar no se da en el mismo grado en todas las personas. Las hay con una personalidad muy fuerte que casi desconocen este fenómeno. Pero existen otras —y no digamos en el mundo de los adolescentes— que la *admiración* por otras personas les lleva a imitarles. Además de las personas concretas con las cuales nos podemos identificar, existen modelos de personas que están de moda. Pero no pensemos que la *admiración* se circunscribe a aspectos periféricos de la personalidad, como son el pelo y la forma de vestir. Esto es algo, pero no es todo. También el mundo del pensamiento es objeto de *admiración*, se convierte en *admiración*. Pensemos, por ejemplo, en la figura de Che Guevara; de igual manera podríamos traer a citación muchos otros personajes. No somos tan nosotros como a veces nos pensamos. El mundo cultural nos va moldeando sin que nos demos cuenta. La personalidad se desarrolla siempre de un tejido social, y de él

aprendemos a comportarnos, y en los primeros años de la vida hasta bien pasada la adolescencia, la *admiración* va encaminada a incorporar en nuestra vida modelos concretos de conducta copiados de los demás. Cada persona es única e irrepetible, y debe ser fiel a sí misma, por eso está bien *admirarse* de los demás porque se puede aprender, pero también debe quedar claro que la *admiración* (y la imitación) tiene un límite, que en caso de pasarlo nos traicionaríamos a nosotros mismos. La *autoestima* nos sitúa en el lugar óptimo para no dejarnos influenciar más de lo necesario. Es bueno defender la propia autonomía y la forma de hacer las cosas. Incluso dos hermanos gemelos han de saber que sus vidas, por iguales que parezcan, son distintas. No es bueno el gregarismo, porque despersonaliza. Hacen bien los pedagogos al hablar de una *enseñanza personalizada*. No se trata de caer en el narcisismo, se trata de apostar por *personas auténticamente humanas*.

### *Admiraciones particulares*

Todos tenemos una parcela de la realidad que *admiramos especialmente*. Entrar a pormenorizar de qué parcelas se trata, sería una tarea tan trabajosa como estéril. Lo importante no está en el qué sino en su *existencia*. Efectivamente es así. Hay un ámbito de la realidad que reclama nuestra atención de manera especial, y que a lo mejor a otros pasa totalmente inadvertido. Podría-



mos decir que uno se *admira* de lo que quiere *admirarse*, ignora también lo que quiere ignorar. No cabe duda de que nosotros ponemos *algo* a la realidad. Las cosas se nos muestran —aunque no es del todo cierto— neutras. Somos nosotros con nuestras disposiciones interiores quienes damos *sentido y significado* a los objetos que contemplamos. Dos personas pueden estar asistiendo a una puesta de sol, y una sola de ellas percatarse del fenómeno que está viendo, y en cambio a la otra pasarle inadvertido (porque estaba concentrado en otros intereses). Nuestra *sensibilidad* no está igualmente predispuesta para todas las cosas. *Nuestra sensibilidad es selectiva*, y por esto nuestra *admiración* es también parcial. No nos *admiramos* por todo en general. *Nuestra admiración va dirigida a realidades concretas*, perfectamente individualizadas. Cuando nuestras preferencias se repiten, entonces, aparece la *admiración* entresacando la *realidad admirada* del telón de fondo donde se encuentra. No todas las *admiraciones* tienen el mismo valor *estético y moral*. No es igual *admirarse* por la pintura que por ejemplo de la santidad. Nos encontramos en dos niveles distintos que cualifican de forma diferente dos tipos de *admiración*. Por eso existen personas cultivadas y otras que no lo son, dependiendo del punto focal de sus intereses. Pero todo *hecho admirativo* es en sí mismo un valor, porque darse cuenta de algo y a la vez valorarlo supone un ejercicio de la inteligencia que enriquece a la persona que lo hace. Lo que empobrece es la posición contraria, la de aquél al que

todo le pasa inadvertido, porque quizás en su interior no haya nada. *Admirarse por la belleza, la verdad, el ser y el bien es una acción realmente humana*. Sólo los hombres cuentan con inteligencia y sensibilidad para asombrarse ante lo que *no es nuevo*. Cuanto mayor sea la inteligencia y la sensibilidad, tanto mayor será la capacidad de *admiración*.

### *La admiración por lo nuevo*

Todos nos sentimos especialmente atraídos por lo *nuevo*, que ofrece a nuestros ojos un *encanto especial*. Pero esta *admiración* suele ser efímera, sin embargo produce una fuerte atracción en nosotros. Esto no hay que olvidarlo para no otorgarle a esa sensación más valor del que realmente tiene. Y es importante recordarlo en esta época donde es fácil deslizarse hacia el consumismo. Es una grave tentación en la que hay que tratar de no sucumbir. Estar siempre *enredados* con nuevas adquisiciones no es una forma *auténtica de vivir*. Con demasiada facilidad las cosas se interponen entre nosotros y las demás personas, robándonos una atención que es necesaria para lo otros. A menos que nos descuidemos las casas se convierten en verdaderos almacenes, donde los objetos se amontonan sin darles muchas veces una utilidad práctica. Nos dejamos llevar por la *ilusión* de una nueva adquisición y no nos percatamos que es innecesaria. Es la *admiración* la que nos va arrastrando más que

la *necesidad*. Necesarias, necesarias son menos cosas de las que sospechamos. Es nuestra imaginación no confrontada con la realidad la que nos lleva y nos trae con *caprichos* efímeros. Los hombres disponemos de poco tiempo para vivir, por eso dedicar a las compras más tiempo del debido supone un derroche a todas luces innecesario. Hay otras actividades prioritarias que deberían requerir antes nuestra atención: todas aquellas que cultivan el espíritu. Todos corremos el peligro de utilizar *frívolamente* nuestro tiempo. Las distracciones —el *comprar* es una de ellas— también deben tener un límite. Los grandes almacenes, los grandes supermercados nos invitan a consumir, a encapricharnos con cosas cuya utilidad puede ser fácilmente discutida. Una *buena educación* puede ayudar mucho a que el despilfarro no se dé. La *austeridad* es un criterio para comportarse con el mundo de las cosas. Se trata de que éstas nos *sirvan* a nosotros, no de que nos dominen. El *vivir para ganar dinero para poder comprar*, no es una buena filosofía: se trata de una *instalación equivocada* de la vida. Por encima del dinero y del comprar existen otros valores que *enriquecen* más a las personas y por otra parte las hacen *felices*. El materialismo consumista tiene un horizonte existencial muy pequeño, y en consecuencia su fruto es el *desencanto*. Comprando todos los caprichos no hay forma de alcanzar la *felicidad*. sencillamente porque lo que colma los anhelos más genuinos del hombre está situado en otro orden de cosas. Lo nuevo, por serlo, con frecuencia

nos engaña, por eso entrar en su dialéctica es peligroso.

### *Las falsas admiraciones*

A veces en algunas personas la *admiración* se dirige a *conductas reprobables*. No parece lógico pero así es. Para ellos el *bien* no es objeto de referencia. Ciertas conductas espectaculares, por eso no menos dañinas, se convierten en *admirativas*. En ocasiones la frontera entre el *bien* y el *mal* no puede parecer clara en un primer análisis, en otras, *aspectos sentimentales* pueden ofuscar lo que de malo hay en determinados comportamientos. Los *criterios subjetivos* se interponen fácilmente, desdibujando las fronteras entre lo correcto y lo incorrecto. Estamos en una época donde constantemente se hace una apología del *subjetivismo-relativista*, con lo cual las *referencias objetivas* a la moral quedan encubiertas por las distintas opiniones que sobre una determinada cuestión se hacen. Aunque sea poco explicable, muchas conductas tienen como punto de referencia el mal; pensemos en la droga y el alcohol, quienes los *admiran* es desde luego porque descubren en ellos algún *bien*. ¿Pero éste lo es realmente? Los grandes personajes de hoy *admirados por multitudes* ya no pueden adscribirse muchas de las veces, de una forma clara, al bien. No quisiera, no es mi intención, caer en una *actitud maniqueísta*. No se trata de dividir a los hombres entre buenos y malos, no hay ningun-

na autoridad moral que pueda hacerlo, pero sí podemos analizar cuáles son los *modelos* que la sociedad propone a seguir. Se impone, pues, una *postura crítica* que parte del presupuesto de que los *propuestos modelos* a seguir, no por serlos, son necesariamente buenos. Es triste haber llegado a esta situación donde haya que revisar los puntos de referencia. También en la *admiración* podemos equivocarnos. La *admiración*, cuando se mueve únicamente por *motivos sentimentales*, corre el peligro de equivocarse. Pero lo malo es que no se admite la equivocación. Es corriente leer en las revistas del corazón que un personaje *no se arrepiente de nada de lo que ha hecho*. Parece que el *arrepentimiento* no entra a formar parte de la biografía de una persona, tal vez se interprete como un *síntoma de debilidad*, o quizá quien esto afirme piense de una manera implícita: como «yo soy el bien, todo lo que hago está bien hecho», porque todo ha tenido su explicación en su momento. Con estos *criterios morales de referencia* es difícil aclararse, y no será extraño detectar contradicciones. Pero la gravedad del problema radica en que las personas necesitamos de esos *criterios morales de referencia*. Aquí está su gravedad: en que nos son *necesarios*. El hombre es un ser social y necesita *parámetros comportamentales* para ejercer su sociabilidad. La ley de la selva es inviable. Sócrates fue el primero en detectar esta necesidad, a él le debemos los *conceptos morales objetivos verdaderos*, y desde entonces es un punto de referencia obligado. Quien piense que existe la verdad (también

en moral) deberá reconocer que Sócrates, y con él Platón, tenían razón.

### *Grandes personajes*

Todos tenemos *personajes* que por una razón u otra *admiramos*. Rara es la entrevista en la que no se le pregunta al encuestado si no admira a alguien. Para que nos fijemos de esta forma en alguna persona se requiere que *destaque en gran manera en algo*, pero además es necesario que posea un cierto *glamour*. Siempre hay dentro de la actividad humana una que, por nuestros intereses personales, nos llama especialmente la atención y por lo que podemos sentir durante toda la vida *admiración*. Y si encima esa persona tiene *glamour*, la *admiración* puede acrecentarse en gran manera. ¿Y qué es el *glamour*? *Es el encanto* (difícil de describir) *que muy pocas personas tienen*. Se trata de una forma de ser dotada de ciertas cualidades que adornan gratamente la personalidad. No sé si este *encanto* se puede adquirir, pero en gran parte viene dado por la naturaleza humana. Las personas a las que *admiramos* a veces sobresalen mucho en alguna actividad humana. A su lado nos sentimos sobrecogidos, no nos olvidamos de creer lo que estamos oyendo o viendo. Nos sentimos felices de ser sus seguidores más fieles. De ellos hablamos y hacemos lo posible para defenderlos de sus debilidades. Parece que todos necesitamos de alguien frente al cual definimos. Buscamos identificaciones, nece-

sitamos de fidelidades. Siempre hay algo de nosotros que encontramos en los demás. Nuestra vida es muy limitada y no podemos hacer realidad todos nuestros deseos. Tal vez por eso, cuando vemos en otros destacar en parcelas que nos hubieran gustado que fueran nuestras, nos sentimos de alguna manera realizados. Pero no está de más que frente a la *admiración* que sentimos por estas personas, desarrollemos también el *espíritu crítico* para no caer en el *fanatismo*, que entre otras cosas es muy poco elegante. Es una muestra de inteligencia intentar en la medida de lo posible la *objetividad*, también en estos casos, aunque perdonamos con facilidad que esto no ocurra. Quisiera nombrar explícitamente a los *maestros* que hemos tenido en la Universidad. Los profesores eran muchos, los *maestros* pocos, acaso uno, y de él aprendimos un *talante*, una *sabiduría* que nos ha dejado una impronta que nos ha durado toda la vida. Es aquí donde quería llegar: esta herencia no nos la dejan todos. Únicamente algunos hombres son capaces de superar la medianía humana y colocarse por encima de los demás y desde allí ejercer su magisterio. Nadie aprende sólo, alguna vez en nuestro horizonte profesional surgió la figura del *maestro* y a él acudimos cuando queremos revitalizar nuestra identidad.

### *Realidad ignorada*

Nuestro *mundo circundante*, después de conocido, tiende a pasar inadvertido. Pocas cosas

despiertan nuestro interés. Sólo lo *llamativo* parece reclamar nuestra atención, lo demás queda relegado a un segundo plano, a una *realidad ignorada*. Nos acostumbramos fácilmente los hombres a todo. *Nuestra capacidad de admiración es muy reducida*. Al poco tiempo lo que *nos admiraba* pierde el atractivo. Sin embargo es necesaria la admiración para disfrutar de la realidad. *Lo que da igual* no aporta nada a nuestro entendimiento y tampoco estimula la voluntad. Hay que salir como sea de esa actitud de *indiferencia*. No es bueno para el hombre estar *aburrido*, y al aburrimiento se llega entre otros por este camino. Tener la virtud de *re-crear* la realidad es una buena propedéutica para llegar a la *admiración*. Las cosas además de *lo que son*, son lo que significan para nosotros. La realidad está ahí, pero además es *conocida* y *valorada* por el hombre, y es en este segundo momento cuando el hombre debe *re-crear* la realidad para darle sentido y reclamar su atención. La *re-creación* conlleva darle sentido y reclamar su atención. La *re-creación* conlleva darle *vida* y *significado* a lo que no dice nada. Es necesario tener el espíritu joven con la elasticidad suficiente para trascender la realidad. Los años van almacenando en nosotros *desencanto*. Es suficiente escuchar y mirar a unos adolescentes para detectar en ellos el factor sorpresa, su capacidad de ilusión. Todo son exclamaciones, admiraciones, risas y entusiasmo: tienen una *alegría de vivir* contagiosa, que está todavía muy lejos del *acostumbramiento*. Pero pasados algunos años el espíritu, si no se le pone remedio, envejece.

ce. Y es entonces cuando se hace necesaria esa *visión nueva de la realidad*, que llamamos *recreación*. Volverle a dar *sentido* a las cosas no es tarea fácil. Es necesaria la *imaginación*, y retomar la capacidad de *sorpres*a, tal vez perdida hace años. Pero si se consigue un mundo nuevo, recién estrenado, se levanta entonces ante nosotros una realidad que tiene la virtualidad de hacernos felices. Otra vez vuelve a aparecer el asombro y la alegría, y una juventud que parecía definitivamente perdida. Es que las cosas no nos dicen nada, si el hombre no tiene qué preguntarles. Le corresponde al hombre el iniciar el diálogo con su *mundo circundante*, que tiene la capacidad de ser su *interlocutor válido*.

### *El acostumbramiento*

Si no ponemos medios para que no se produzca, el *acostumbramiento* alcanzará cada uno de los ámbitos de nuestra vida, empobreciéndola y hasta vaciándola de sentido. Acostumbrarse a algo es perder la ilusión de ese algo, y con la ilusión se pierde la alegría de vivir. *Si todo da igual, termina también dando igual la vida misma*, porque esta actitud es realmente una filosofía sobre la vida que va empobreciendo todo lo que toca. ¿y existe alguna posibilidad para que esto no ocurra? Sí. *Fijarse en los detalles de las cosas*, valorarlos, tenerlos en cuenta. La vida no se puede mirar a bulto, *grosso modo*, hay que observar la minuciosamente, sin perder de vista cada uno

de los aspectos que la adornan. Es un verdadero ejercicio éste que hay que hacer, para ir valorando todo aquello que se nos presenta. Las cosas tienen el atractivo suficiente para despertar en nosotros la *admiración*. Somos nosotros los que hemos de estar a la altura de las circunstancias, estando al quite de esos reclamos que el mundo natural, y también artificial, nos ofrece. Tal vez la abundancia de cosas —en ocasiones se trata de un verdadero *almacenamiento*— sea la causa de que la atención se sienta desbordada ante tanto reclamo. La *pobreza* es buena aliada de la *admiración*. Quien tiene poco es más fácil que valore lo que posee. Siempre ha habido un cierto consorcio entre la Ética y la Estética, quizá sea porque las dos tratan de los transcendentales del ser. Acostumbrarse a algo es relativamente fácil, lo que cuesta esfuerzo es la actitud contraria: *mantener como norma admirarse de las cosas*. Hay una relación de causa a efecto entre el acostumbramiento y la falta de alegría. No es posible mantener una visión ilusionada de la vida, si a ésta se la vacía de la capacidad de sorprendernos, de llamarnos la atención. La *visión ilusionada* nace en las cosas mismas, pero es el pensamiento quien se encarga con sus reflexiones de convertir a la mirada en ilusionada. A veces la realidad puede no tener la fuerza suficiente para despertar en nosotros la *admiración*, pero entonces es la inteligencia quien tiene que salir a su encuentro para ayudar a que se produzca la *admiración*. La cabeza tiene mucho que decir en nuestra relación con las cosas, ella puede cambiar nuestro signifi-

cado y destejer una retahíla de acostumbramientos empobrecedores de la realidad. En el hábito está, pues, la clave para entender el paso del acostumbramiento a la *admiración*: si fue la rutina la que vació de significado las cosas, ha de ser también la repetición de actos lo que devuelva a la realidad su significado originario.

### *El desencanto*

Hoy se utiliza con frecuencia el término desencanto para nombrar a una disposición del estado de ánimo sin ilusión y sin esperanza. *El desencanto y la admiración son incompatibles entre sí*. No se puede uno asombrar por algo cuando en el alma reina la mayor de las desilusiones. El *admirarse* presupone una disposición del ánimo que le impulsa a descubrir aspectos nuevos en cosas ya conocidas. La *admiración* que más practicamos es aquella en la que descubrimos con ojos nuevos lo que ya nos es conocido. El *admirarse* por cosas nuevas es menos habitual y también menos importante, y además es más fácil porque la novedad despierta la *admiración*. Es frecuente deslizarse por el *desencanto* a través de la rutina. Se necesita disponer de recursos interiores para que este desgaste que produce la vida no nos lleve inexorablemente al *desencanto*. Sólo quienes disponen de estas energías espirituales son capaces de remontar ese desplazamiento que termina en el *desencanto*. Encontrar una luz nueva en aquello que nos parecía ya

viejo es un verdadero alarde de riqueza interior, señal inequívoca de que se ha dado en la diana de la *admiración*. En cambio quienes son incapaces de alumbrar en su alma una ilusión nueva, se encuentran en una situación de suma indigencia. Habrá que reivindicar, pues, esos valores espirituales que son capaces de despertar en el hombre las mejores de las *admiraciones*. De donde no hay, no se puede sacar nada. Sin disponer de *recursos interiores*, es imposible ver en sí mismo ni en los otros seres nada que sea objeto de una ilusionada *admiración*.

### *Estrenar la vida*

La *rutina* es la gran arrasadora de nuestra vida. Cuando algo se convierte en *rutinario* ha firmado su partida de defunción. Y es tan fácil que nos acostumbremos a las cosas, que únicamente una *resistencia reflexiva* es capaz de anular lo que la repetición de actos produce en nosotros. *Estrenar la vida* cada día se nos puede presentar como algo utópico o tal vez poético, un *desideratum irrealizable*. No negamos la gran dificultad que esta actitud presupone. Pero el que no la alcancemos totalmente no lleva consigo que no lo intentemos, aunque sea en parte. No hay otro camino. O la *admiración* entra a formar parte de nuestra cosmovisión del mundo o difícilmente podremos ser felices. A veces se confunde la *admiración* con la *ingenuidad*, dándole a este último término un concepto peyorativo. Desde

estas páginas no estamos reivindicando de modo alguno una visión bobalicona de la vida. No, no se trata ciertamente de adoptar una postura infantil, sino de calibrar en su justa medida el *valor de las cosas*. Se hace necesario una vez más caer en la cuenta de lo importante que es *reflexionar* y sobre todo si se trata de la propia vida. Hay muchos nuevos ricos que para tener sensaciones necesitan de *sofisticados* mecanismos en lugar de estrenar la vida. Nada les acapara la atención —la admiración—, todo queda reducido a un confuso horizonte donde la vida se despersonaliza y pierde su encanto. El *aburrimiento* aflora en sus vidas porque les es costoso encontrar resortes que sean capaces de ilusionarlos. En cambio, quien es capaz de iniciar cada día con una *visión nueva*, consigue hacer realidad el milagro de *sorprenderse* ante cosas que le son muy familiares, pero no por eso dejan de manifestarse como *recién estrenadas*. Con demasiada facilidad se dan por supuestas las cosas, y tendría que ser totalmente al revés: no terminar nunca de preguntarse por nuestro mundo cotidiano. No se puede —no se debe— zanjarse así por las buenas cualquier actitud intelectual que nos acerca al origen de las cosas. De tomar este comportamiento pronto surgirá, y de una forma irremediable, el aburrimiento.

### *El aburrimiento*

Mucho tiene que decirnos el *aburrimiento* desde la perspectiva de una analítica existencial.

Quizá para algunos el *aburrimiento* se reduzca a un estado *transitorio* por donde se pasa de vez en cuando. Esto no es totalmente cierto, porque hay otro tipo de *aburrimiento*, el más importante, al que ahora nos referimos, que nos atreveríamos a calificar de *existencial*. Estar *existencialmente aburrido* es haber perdido la ilusión por la vida, la auténtica referencia al ser de las cosas. También podríamos hablar del aburrimiento como un *despilfarro existencial* de la riqueza multiforme de la realidad. El concepto *novedad* se aplica únicamente a lo que es *desconocido*, a aquello que hasta ahora no sabíamos de su existencia. Sin embargo es legítimo aplicar este término a lo que *descubrimos en una realidad conocida*. El que se aburre no es capaz de tal hazaña. Lo *conocido* es catapultado a un mundo confuso carente de perfiles. Sólo lo *nuevo* reclama su atención y se presenta como un *antídoto contra el aburrimiento*. Pero las *novedades* no tienen una periodicidad tan continua que sea capaz de dar *sentido* a la vida. La existencia humana no puede depender únicamente de fenómenos extraordinarios. Es la *vida misma* la que debe estar atravesada por unos ojos que sepan descubrir en lo que ya es conocido una *novedad ilusionadora*. Es difícil situarse ante la realidad de las cosas. Se necesita un espíritu joven, desanquilosado. *Releer* la propia vida sin caer en manos del *aburrimiento* supone *creatividad*. No se crea sólo de la nada como lo hace Dios. También es posible *crear* con mentalidad de *primera vez* lo que ya nos es familiar. Es aquí donde está el se-

creto: en esa virtualidad de *estrenar* lo que ya ha sido *usado*. Nuestra vida puede compararse a quien lee un pasaje de una novela en la que se describe una calle; el lector queda admirado por su belleza, pero al poco tiempo se da cuenta de que aquella calle que tanto le ha gustado, es muy parecida a la suya, que hasta entonces le pasaba inadvertida, y a partir de ahora *descubre* su belleza. No se insistirá nunca demasiado: nuestro mundo circundante y personal está repleto de posibilidades capaces de despertar nuestro espíritu si éste está atento. Se trata, pues, de una *predisposición* ante las cosas. Todas las realidades físicas y espirituales *están ahí*, quienes *no estamos ahí* (con la misma predisposición de ánimo) somos nosotros. Con más frecuencia de la debida somos abatidos por preocupaciones que nos *apartan* de la *bella realidad*, para introducirnos en un oscuro mundo irreal, donde no somos felices. Atenerse a las cosas, rompiendo con esas nubes negras, es el camino que nos lleva a la felicidad.

### *Estar de vuelta*

Es frecuente oír esta expresión «estoy de vuelta». Quien se pronuncia en esto términos está queriendo decir que ya *nada le admira*. *Estar de vuelta* se puede aplicar a muchas cosas: desde la *vida misma* a un *determinado ámbito de la realidad*. Cuando una persona se sitúa en dirección *de vuelta* está dejando ver que ha tenido

una *experiencia negativa*. La persona ilusionada —feliz— se coloca en el punto opuesto, podríamos decir que *está de ida*, con todo lo que eso supone de alegría y entusiasmo. No es preciso decir que para andar por la vida —si queremos ser felices— debemos tomar la actitud de quien *inicia* un camino. Todo lo que sea acercarse al mundo de la *ilusión* nos lleva a la felicidad y, por el contrario, quien se sitúa en las antípodas de la *alegría esperanzada* caerá más pronto o más tarde en el *desencanto*. Ya nada le mueve a la acción. ¿Para qué?, si se cuenta con una *experiencia negativa*. Sería *poco inteligente* reincidir en el mismo fracaso. Pero cuál es la causa de este *estar de vuelta*. En primer lugar tendríamos que decir que no es una *actitud querida*. A nadie le gusta sumergirse en el *mundo del desencanto* para desembocar en un *nihilismo*. *Estar de vuelta* es el lugar a donde se llega después de haber recorrido un largo trayecto lleno de equivocaciones. El nivel de frustración tiene un límite, y una vez llegado a él no es posible intentarlo otra vez, y es entonces cuando aparece la *desilusión amarga*, que ante su propia impotencia pretende hacernos creer que *algo no interesa*. Las cosas están para *interesarnos*, con la única condición de que antes nos *intereseamos por nosotros mismos*. *Estar de vuelta* supone una *claudicación*, claudicación que puede alcanzar o a una parte o a la totalidad de la persona; en este segundo caso el problema es más grave porque es toda la existencia humana la que se pone en cuestión. Es difícil llegar a esta situación, pero no imposible.



Existen personas tan amargadas, que su amargura tiñe al propio sentido de su vida. No encuentran ilusión en nada, porque siempre existe el contrapunto capaz de arrasar lo que podría ser fuente de una alegría. Lo que ya es un despropósito es presumir de que *se está de vuelta* sobre algo. Cabría poner una excepción: cuando ese *algo* es una cosa nociva. Estar de vuelta, por ejemplo, del tabaco no nos coloca en el mundo del *desencanto*, sino más bien en la *ilusión* por la salud.

## Axiología biográfica

### *Riquezas interiores*

Reducir al hombre a su mera corporalidad es una gran equivocación. Existe en la persona humana otra dimensión, la espiritual, que le enriquece sobremanera. Pero este enriquecimiento debe ser cultivado con el paso del tiempo, si no corre el peligro de perderse, aún más, de corromperse. *El hombre es el único ser que no se agota en su corporalidad.* Y cuando queremos saber de él, necesitamos conocer su *mundo interior*, porque es ahí donde radican los verdaderos valores, la razón de ser de su personalidad. En cambio, son pocos los que parecen haber caído en la cuenta de esta realidad: *la importancia del enriquecimiento interior en la vida del hombre.* La religión sí que es consciente de lo que supone el *cultivo interior* de la persona. El alma es el referente constante de toda pastoral catequética. No se desprecia el cuerpo, pero el cuerpo necesita

del coprincipio del alma para que se dé la persona. Pero no ocurre lo mismo cuando nos salimos del ámbito religioso. Con frecuencia se olvida esa dimensión interna que es capaz de enriquecer al hombre hasta límites insospechados. Estas *riquezas interiores* no se improvisan, su conquista se alcanza después de un largo trayecto lleno de dificultades, pero una vez conquistadas perfuman con su aroma toda la existencia humana. Parece que no somos conscientes de la importancia de la *dimensión interna* del hombre. Con frecuencia consideramos como primordiales factores externos de la persona, y, en cambio, olvidamos otros de calado mayor y de más importancia. En este camino la búsqueda de perfeccionamiento del hombre ha de pasar necesariamente por el *mundo interior*, donde la verdad y el bien han de crecer, si es que se quiere alcanzar el objetivo previsto. No cabe duda que la *verdad* es abordada desde los distintos niveles de instrucción, pero tal vez se olvida el sentido unitivo y coherente de la verdad. Sin embargo no existen en muchos una preocupación efectiva por el *bien*. Un exacerbado subjetivismo termina identificando *bien* con *criterio personal*. En la práctica la única norma moral que rige es ésta: *esto es bueno, porque lo pienso yo así*. Con ese criterio no podemos ir lejos. Sin el *bien* no puede hablarse de *riquezas interiores*, y sin *riquezas interiores* no puede haber *admiración*.

### *El bien*

¿Que relación une al *bien* con la *admiración*? El *bien* es de suyo apetecible y, por tanto, despierta la *admiración* en el hombre. Las buenas acciones no se nos pasan indiferentes, sino que por lo contrario despiertan en nosotros nuestros mejores sentimientos, tal vez dormidos por el ir y venir de la vida. Es difícil no *admirarse* por esas acciones en donde se demuestra la bondad humana. Pero ahora queremos resaltar la necesidad de la *bondad interior* para poder contemplar, *admirarse* de los *bienes* ajenos. Sin ese reducto personal de *bien*, puede ser difícil captar en toda su hondura la belleza del *bien* del otro. El buen vino además de ser bueno necesita de un recipiente limpio para que no se estropee. El hombre también además de buenos ejemplos *necesita el mismo ser bueno*, para que esos ejemplos le enriquezcan en toda su profundidad. ¿Y por qué tiene tanta importancia el *bien* en nuestra vida? La tiene porque *lo es todo*. Nada hay que tenga tanta importancia en el hombre como su *bondad*, sea él consciente o no de esta verdad. A menudo el hombre no cae en la cuenta del influjo y, por tanto, de la importancia que el *bien* tiene en su vida. A lo mejor valora más el dinero, la buena suerte o la salud, olvidándose que todas sus acciones van selladas por su grado de *bondad* alcanzado. *El bien no es una interpretación subjetiva de la moral*, no se es bueno porque uno crea que lo es. Le cuesta al hombre moderno rendir su juicio a unas verdades objetivas.

*El inmanentismo cartesiano* ha calado muy hondo en la mentalidad actual. Todo parece ser hecho a la medida del hombre. No cabe sitio para un Otro trascendental que sea Señor de cielos y tierra. El *bien* ha sido reducido al ámbito de las buenas intenciones, de las opiniones personales. Y ha perdido el carácter ontológico que tiene. Será necesario recordar que el *bien* crea una *segunda naturaleza* en el hombre, adornándolo de todo tipo de virtudes, a través de las cuales se puede acceder a las metas más altas. Por eso somos responsables, porque libremente vamos confeccionando nuestra *segunda naturaleza* para el *bien* o para el mal y, desde luego, no es indiferente una u otra trayectoria. *Somos lo que queremos ser*, he aquí la gran responsabilidad del ser humano. El que ha optado por el *bien* sabrá rastrear en su *admiración* la huella de Dios en las cosas. Encontrará más motivos para contemplar, porque desde el *bien* se descubren más realidades bellas.

### La belleza

En toda *admiración* hay una referencia a la *belleza*. La *belleza* está presente en muchas más cosas de las que pensamos. Es una equivocación circunscribirla al mundo del arte. La *belleza* puede estar presente en casi todas las cosas, el problema está en descubrirla, porque hacen falta unos ojos en donde no esté presente la rutina, el acostumbramiento. Y también hace falta valorar

menos la eficacia de la acción y caer en la cuenta, en cambio, de los beneficios que supone la serena contemplación de la *belleza*, esté donde esté. Pasando muy por encima de las cosas se corre el peligro de terminar pasando de todas. Pero para no hacerlo es buen ejercicio detenerse en la *belleza* de las cosas sencillas que pueblan nuestro universo. Tal vez asociemos demasiado aprisa la felicidad a hechos extraordinarios, y despreciamos justamente aquello que de más genuino tiene la vida: el pan, el agua, el sol... Para encontrar la *belleza* en las cosas antes es necesario tener *limpios los ojos*, cerrados ante los muchos reclamos para no distraernos de lo esencial. Efectivamente no es bueno tener la vista ocupada en tantos objetos, muchos de ellos de dudoso valor artístico. Es preferible atender a los reclamos de la Naturaleza, que se dan incluso en una ciudad. Siempre se puede divisar un trozo de cielo o espiar las luces por donde va pasando el día. Es bueno para el hombre el no perder esa referencia a la Naturaleza, *esa capacidad de admirarse de ella*. Esta orientación del alma a la Naturaleza presupone una cierta sensibilidad, una predisposición a encontrarse con las cosas grandes (*bellas*) que la vida nos ofrece. El paladar del alma puede ser más o menos refinado, pero sólo en aquellos que han sabido prescindir de lo innecesario están en condiciones de descubrir la *belleza* cara a cara. Y no son muchos los que están dispuestos a dejar su *forma de mirar el mundo* y ponerse en condiciones para que sus espíritus se enriquezcan. Si queremos estar cerca de la

Verdad y el Bien, no nos podemos alejar mucho de las *Belleza*. Se le ha visto a la Belleza una dimensión superflua, que en realidad no tiene. Justamente la *Belleza* forma parte de la estructura ontológica de los seres.

### *La verdad*

Ignorar la *verdad* es perder la *referencia al ser*. La verdad no es algo adicional a las cosas. La *verdad* debe ser siempre el *norte de nuestras búsquedas*. Sin *verdad* no hay orientación posible en nuestras vidas. Todo se reduciría al caos. No habría posibilidad alguna para discernir la *verdad* y el error, el bien y el mal. ¿por qué la *verdad* no es un *criterio* claro de conocimiento? ¿por qué la *verdad* pasa inadvertida junto con el error? Son muchas las causas que explican este ocultamiento de la *verdad*, pero una de ellas —y es la que aquí nos interesa— viene dada por la falta de deseo (de *admiración*) de conocer qué son las cosas realmente. Quien deja de *admirar* abandona también la búsqueda de la *verdad*. La indiferencia entre las cosas lleva al indiferentismo gnoseológico. La persona que hace de la *verdad* el faro de su existencia no abandona nunca la *inquietud* —¡buena inquietud!— de conocer tanto su propia realidad como la circundante. Sólo quien *se admira* y pregunta *qué es esto* está en condiciones óptimas para salir al encuentro de la *verdad*. Lo que es anodino, lo que pasa inadvertido, lo que es únicamente un telón de

fondo inexplorado: no mueve a la *admiración* ni al conocimiento de lo que se desconoce y no quiere ser conocido. *El ser se abre a la verdad*, con la condición de que acudamos con *admiración* al encuentro del ser. Estamos en una época de *exacerbado subjetivismo*. La *verdad* es sustituida y puesta al mismo nivel que la *opinión personal*. El *yo pienso* se identifica sin más con las *cosas son así*. *En honor a la verdad* hay que decir que esta identificación no es válida, que *una cosa son las cosas*, y *otra distinta lo que yo opino de ellas*. Si mi opinión coincide con la realidad, entonces y únicamente entonces podremos hablar de *verdad*. *Mi verdad* es una falacia. No existe *mi* verdad, lo que realmente existe es la verdad. Tal vez parezca una obviedad esta última afirmación, sin embargo se hace necesaria traerla a colación para hacer de contrapunto al culto de la «*propia verdad*», al relativismo subjetivista. Hay que apostar por la *admiración*, por el *deseo ilusionado de conocer qué son las cosas*. Están bien las interpretaciones personales, las valoraciones intrasubjetivas, pero no olvidemos que éstas tienen su propio territorio y que no es legítimo traspasar sus límites.

### *Las virtudes*

Nos *admiramos* de muchas cosas, pero el hombre, aun el de hoy, a la hora de la verdad, aprecia sobremanera los *valores* que ven las personas. Está claro que todas las personas no so-

mos iguales. Y la diferencia mayor —se sepa o no— radica en las *virtudes* que un hombre tenga. Esto es así porque las *virtudes* transforman, enriqueciéndola, la vida de los que las tienen. La *virtud* no es algo periférico en el hombre. Afecta directamente al alma. Bien lo sabía Platón cuando hablaba de la *virtud* como diseñadora de la personalidad. Lo que sí es cierto es que la escala de valores de hoy no coincide con la de antaño. Ya hemos hablado en alguna ocasión de que la *moda* también tiene algo que decir sobre los valores. En la actualidad hablar de valores supone referirse a la *tolerancia*, la *solidaridad*, el *pacifismo*, la *ecología*. En cambio en otros tiempos los primeros puestos de la axiología correspondían a otros valores: la *justicia*, la *reciedumbre*, el *valor*, el *sacrificio*, etc. Raras veces oímos referencias a estas virtudes si hacemos excepción de la *justicia*, que aun hoy tiene plena vigencia. Está claro que la *sensibilidad* del hombre ha cambiado. Siempre ha sido así. ¿Quién acude ahora al *honor* para echar en cara algo a alguien? Sería interesante un estudio sobre este cambio de sensibilidades en el campo de la moral para entender el fenómeno que venimos tratando. Pero aparte de que algunos valores estén de moda, la *admiración* del hombre dirige especialmente su mirada a la *virtud*. Lo demás es algo *extrínseco* a la persona, algo que se sitúa fuera del hombre. En cambio las *virtudes* afectan a lo más íntimo del ser humano. *Uno es lo que es moralmente*. En esta frase se resume la vida del hombre. Todo lo que no es *virtud* no es nada. O si se quiere es

algo anexo, yuxtapuesto a la persona. Tal vez no se haga mucho hincapié en la importancia de la *dimensión moral*. Tampoco la palabra *moral* está muy de moda, se prefiere hablar de *comportamientos éticos*. Toda esta ambigüedad explica el desconcierto que reina en muchos, que no saben a dónde dirigir sus pasos. Una desorientación en este ámbito puede tener repercusiones muy serias, ¿acaso no es importante tener claro el *modelo* a seguir?

### *Austeridad*

El tener a la *austeridad* como norma es una buena profilaxis para dar a las cosas el valor que tienen. No es fácil en una sociedad de consumo abogar por este valor, más propio de otros tiempos que del actual, pero se hace absolutamente necesario el tenerlo presente si lo que queremos es *mirar con ojos nuevos todo lo que nos circunda*. La saciedad, la abundancia, tienen la capacidad de anular toda consideración minuciosa, detallista de lo que se nos presenta como objeto de consideración. Se pasa de una cosa a otra con una facilidad asombrosa, sin caer en la cuenta en cada uno de los aspectos que las adornan. Cualquier objeto, el que sea, está lleno de virtualidades que merecen la pena tenerlas siempre presente, para desde ellas recobrar esa luz nueva con que se manifiestan las cosas cuando se conocen por primera vez. El secreto, no cabe duda, está en la capacidad de ver las cosas con el dulce

sobresalto de la *primera vez*. Pero volvamos al hilo de nuestra exposición relacionada con la *austeridad*. La *austeridad*, al valorar más cada objeto en particular, le es más fácil detenerse en los aspectos que lo integran, y *en ese deteni-miento es donde surge la admiración*. Cuando hay abundancia lo pequeño, el detalle pasa inadvertido, es la cantidad lo que cuenta, lo llamativo y espectacular. No hay espacio para descender a realidades mínimas que, a lo mejor, están llenas de encanto. La *austeridad* nos facilita ese deteni-miento frente el objeto, porque no hay otros que nos distraigan y tampoco que le reemplacen. Esta es la cuestión: no dejarse abrumar por la abundancia de las cosas, que terminan por pesar también en el alma. El hombre no es un *animal de consumo*, es más bien *un ser contemplativo*, le gusta mirar y sacar sus propias conclusiones. Quien primero *contempla* puede después *admirarse*, pero no es fácil que lo haga el que pasea *distraídamente* la mirada sobre el mundo. *Admirarse* es justo lo contrario: *poner atención*, fijarse, valorar, apreciar el valor de cada cosa.

### *La sencillez*

Lo que ahora se lleva es la *sofisticación*. Lo que parece estar de moda es lo *complicado*. Y este fenómeno no es característico sólo de restringidos ámbitos del quehacer del hombre. Por el contrario, abarca a las realidades más diversas de la actividad humana, desde el diseño de un

traje femenino al sabor de un determinado yoghurt: *todo está atravesado por esa búsqueda exagerada de la novedad, de la sorpresa*. Si nuestra mirada no se vuelve *sencillamente* a lo que las cosas *son*, corremos el peligro de *olvidar* los verdaderos valores que las cosas *tienen*. Esta sería, no cabe duda, una grave *equivocación*. Por amor a la verdad hay que volver a *admirarse* del ser primigenio de las cosas. Quien sabe admirarse de un vaso de agua ha encontrado en parte *el secreto de la felicidad*. Pocas cosas necesitará para ser feliz. La *sorpresa de lo sencillo* le llevará a sentirse dichoso incluso ante la escasez. En cambio quien desprecia —mejor, *ignora*— la belleza que lo *sencillo* le depara, ha escogido el peor camino para encontrar la felicidad, y *es tan fácil acostumbrarse a todo*, que con suma ligereza pasamos por encima de realidades que deberían reclamar nuestra atención. No hay más remedio que *volver a las cosas mismas* con la sorpresa de la primera vez. Y echar por tierra tanto intermedio que distrae nuestra atención. El hombre maquilla de tal modo la realidad que termina desconociéndola. Este es un peligro al que todos nos encontramos expuestos. Y es necesario salir de él si no queremos que nuestra vida se empobrezca y se complique innecesariamente. *No hace falta tantas cosas para ser feliz*, lo que es preciso es saber descubrir en la realidad sus genuinas virtualidades. El contacto con la Naturaleza viene bien para despojarnos de los lazos que nos asfixian y *no nos dejan ver* lo más primigenio de la realidad. *Este volver* —como decía—

mos — *a las cosas mismas*, puede llevarnos, con toda seguridad, a grandes descubrimientos, que aunque teóricamente sabidos no han sido vivenciados existencialmente. En nuestras manos está desnudarnos de lo superfluo, de lo innecesario, para reconquistar a través de la *sencillez* el conocimiento de la cosas.

### *La pobreza*

Es una equivocación querer rodearse de cosas, cuanto más mejor, para ser feliz. La riqueza nos *atrapa* en ella y termina devorándonos. A este falso itinerario se llega casi sin darnos cuenta por *mimetismo*. Hay un convencimiento implícito de que la apropiación de cosas no está muy lejos de la felicidad. La riqueza se convierte para muchos en el *sentido* de su vida. Viven — aunque no se den cuenta de ello — para comprar. Pero el *sentido de la vida* no puede circunscribirse a una realidad tan material, como son los objetos que se pueden adquirir por dinero. Diríamos con Platón que la *materia lleva anexa el desencanto*. No se puede — no se debe — confiar en ella como el reducto último de sentido de la vida. Desde luego la tentación es grande, y la razón es por la inmediatez de la satisfacción que produce el apropiarse de cosas nuevas. Sin embargo hay un obstáculo difícilmente superable: el conseguir mantener libre el espíritu para otras *búsquedas*. *Las cosas también ocupan un lugar en nuestro corazón y también pesan*. Si no se

sale de su radio de acción, quedamos apresados por ellas. Aunque en la teoría nadie o casi nadie acepta haber puesto la finalidad última en la *riqueza*, muchos son los que se comportan teniéndola como objetivo último de la vida. La *admiración* se desenvuelve en otros parámetros. En un primer momento podría parecer que el que compra se *admira*, pero en realidad desea poseer algo gratificante. La *admiración* es desinteresada, busca las más de las veces el *detalle sencillo* para que sobrecoja su espíritu, sabe poner los ojos en lo que a los demás les pasa inadvertido. La *pobreza* de que estamos hablando no se refiere, claro está, a la *indigencia*, sino a la de aquél que sabe prescindir de lo que *no es necesario*. *Crearse necesidades* comporta una carga afectiva difícil de sobrellevar. Se vive para *tener más* y lo que realmente se tiene es el deseo de nuevas adquisiciones. El *hombre necesitado* termina cayendo atrapado por su mismo deseo: el *consumismo*. Ni siquiera la cercanía de la muerte hace desistir al *consumista* de su actitud almacenadora. Parece cómico, pero es así. La *pobreza*, cuando es *querida*, deja un halo de elegancia difícilmente codificable. *Lo mejor* no está en tener mucho, sino en poseer lo necesario. Las cosas terminan cansando si no son muy bellas o útiles. Quienes no tienen este criterio terminan poseyendo a su alrededor muchos objetos, que lo único que hacen es estorbar. La palabra *pobreza* tiene poco predicamento. Hay que recuperar para ella la belleza que lleva consigo: el dejar libre al espíritu para ocuparse de sus cosas.



### La paz

Pocos valores hay en la actualidad tan *admirados* como es el de la *paz*. En él todos coincidimos. No hay disculpa para no estar de acuerdo en esta valoración. Se han terminado las épocas en las que por una razón u otra se hacía una apología de la guerra. No es suficiente saber que las guerras no son buenas, es necesario estar convencido. Amar la *paz* supone tener un ánimo grande, desear lo mejor para el hombre. Nada hay peor que la *lucha fratricida*. Lo propio del hombre es *amar*, y perdonar si es necesario, pero nunca imponer violentamente su criterio arrasando con todo. Es ésta una lección aprendida, pero a pesar de ello todavía existen quienes no se dan por enterados. Hay que fomentar en el hombre aquellas disposiciones que nos acercan al hermanamiento, también entre los países. Por eso quedan descalificados los *nacionalismos exacerbados*. El amor por lo propio tiene un límite, pues traspasarlo supone hacer daño a los demás. Las actitudes egoístas, egocéntricas, exclusivistas, fanáticas, intransigentes, son el clima propicio para que se oscurezca el valor de la *paz*. La *paz* requiere *buena voluntad* por parte de los hombres, y junto a ella: comprensión, perdón, generosidad, olvido. Si queremos una sociedad en *paz* fomentemos en los más jóvenes, incluso a los niños, estos valores (también a través de los juguetes). Es ésta una tarea de todos. Hay que hacer de la *paz* un *modus vivendi*, una forma de vivir. Es difícil erradicar la *agresividad*, porque siempre hay pe-

queños opúsculos que hacen apología de ella. Pero aunque la tarea sea costosa, vale la pena contraponerle el valor de la *paz*. Como todo en la vida, no se trata de *mentalizarse*, sino de vivir lo que se predica. Hace falta un gran dominio de la voluntad para no caer en *agresiones verbales*, *riñas*, *discusiones*, *enfrentamientos*, *comportamientos prepotentes y autoritarios*. La *paz* necesita una *filosofía de la vida* en donde pueda desarrollarse. Con *hombres agresivos* difícilmente puede resplandecer la *paz*. Los comportamientos sociales son consecuencia de los particulares. Establecer una dicotomía entre el ciudadano y el hombre que pertenece a una nación no es válido. Y tendemos, como esquizofrénicos, a infravalorar las conductas individuales (aquí no importa ser *agresivos*) mientras defendemos a nivel nacional *conductas pacifistas*. Se hace necesaria, como en todo, la *coherencia*, lo contrario sería comportarnos como *esquizofrénicos*. La *paz* hay que gestarla a base de *comportamientos* individuales, acudiendo *inteligentemente* a aquellas alternativas que nos pueden ser útiles para no caer en la *agresividad*. *Enamorarse de la paz como norma de vida vale la pena*. Pocas tareas hay más importantes. Además el corazón del hombre la necesita para ser feliz.

### La elegancia

¿Quién no *admira* la *elegancia*? ¿A quién no le gustaría ser *elegante*? Todos sabemos descu-

brirla allí donde se encuentre y nos *admiramos*. Quienes se han dispuesto a descubrirla han llegado a la conclusión de que, en lo que se refiere a las personas, *nace de dentro a afuera*, que proviene del interior y se manifiesta en el exterior. De todas formas, decir esto no es decirlo todo. La *elegancia* es uno de esos conceptos que se resisten a una definición. No es fácil, efectivamente, decir en qué consiste una *persona elegante*. Podríamos pensar que la *elegancia* va unida a la riqueza, pero también la *sencillez* es buena aliada de ella. Se puede ser una persona sobria en el vestir y en cambio tener un toque de *elegancia*. Las personas pretendemos a nuestro modo ser *elegantes*. No hay ninguno que de una forma explícita no quiera serlo. Pero sólo unos pocos lo consiguen. *Elegante*, según su etimología, es el que *elige lo mejor*. Lo *mejor* no coincide necesariamente con lo más rico. Si fuera así el problema de la *elegancia* se resolvería con facilidad. Lo *mejor* es lo *mejor seleccionado* para ese tipo, para esa circunstancia, etc. El problema radica, pues, en la *selección*, en el criterio que la rige. Para formar ese criterio es necesaria cierta *conaturalidad* pero también conocimientos. El arte tiene sus reglas, algunas de ellas si se quiere arbitrarias. Sin embargo hay otras que no lo son tanto y es necesario conocerlas. Somos seres sociales y nuestra vida de relación se lleva a cabo en un determinado contexto y a él, sin duda, debemos tenerlo en cuenta si no queremos representar un mal papel. *Elegir bien*: aquí radica la cuestión. *Tener criterios acertados*: está es la me-

ta a alcanzar. Son tantos los elementos que configuran la *elegancia*, que individualizarlos se hace difícil. Si existiera un *manual cerrado* sobre en qué consiste la *elegancia*, tendríamos resuelto el problema. Pero no es así. La *elegancia* está abierta a la improvisación, a lo que no es previsible. Se habla a veces de *estilo* para referirse a que una persona lo tiene. Tener *estilo* es, efectivamente, ser elegante. El *estilo* es una *manera acertada y digna de admiración* de manifestar la personalidad. El *estilo* nada tiene que ver con las *conductas sofisticadas*, está, sin duda, más unido a la *sencillez*. *Admiramos la elegancia* porque sobre todo *admiramos la riqueza interior* de las personas. La riqueza exterior por sí sola no se sostiene.

### *Solidaridad*

Hoy uno de los valores en alza, de esto no cabe la menor duda, es la *solidaridad*. Se *admira* que una persona sea *solidaria* con los demás. Y no podría ser de otro modo. El hombre es a la vez un ser *indigente* y *social*. El hombre por sí sólo puede hacer pocas cosas. Ni siquiera podría sobrevivir sin el cuidado *solícito* de sus padres. Y a lo largo de su vida siempre necesita de una segunda mano —también en el campo afectivo— para vivir. Los Robisones Crusoes sólo son personajes de ficción, en la realidad no existen. El hombre por naturaleza es un ser indigente que necesita de los demás. Tal vez en una sociedad

como la nuestra, donde un tanto por ciento alto de personas viven solas, resulta extraño constatar esta verdad. Si a esto unimos la *pobreza, la ancianidad y la enfermedad*, todavía se acentúa el valor de la *solidaridad*. ¿Y cómo se llega a ser *solidario*? A través de la *apertura del corazón a los demás*. Aunque todos tenemos esa predisposición a comparecernos seriamente de los demás, podemos obstaculizarla acudiendo a mil razones tal vez todas ellas muy razonables, pero injustificadas, porque por encima de todo están las *personas*. No todo el mundo es suficientemente *fuerte* para triunfar en esta *sociedad tan competitiva*. El *débil* con frecuencia se siente desamparado, necesitado de la *generosidad de los demás*. Es inhumano cerrar el corazón a los desvalidos y a los que sufren. Las religiosas han prestado en el mundo una ayuda a la sociedad digna de todo aprecio, además de ser un ejemplo para cualquier persona. El mundo está muy necesitado del tiempo, de la ayuda y del dinero de los demás. Es necesario una sensibilización mayor para los necesitados, pasando por alto tanto comentario que intenta justificar lo injustificable. Las desigualdades económicas entre los hombres no pueden —no deben— alcanzar diferencias tan grandes. El *capitalismo* no es el sistema más idóneo para resolver el problema de los hombres. Deberíamos abogar por un *nuevo humanismo*, donde el *hombre estuviera en el centro de los intereses* y no el dinero. Hay un mundo que se muere de hambre: ¿dónde está la *sensibilidad* de los hombres para no poner manos a la tarea e im-

pedirlo? No es un *reclamo sentimental* la imagen de un niño desnutrido, es una *llamada* a los hombres de buen corazón, que mientras no se demuestre lo contrario somos todos.

### *La tolerancia*

Después de hablar de la *solidaridad*, es casi obligado hacerlo ahora de la *tolerancia*, de la que tan necesitados estamos en esta sociedad plural en la que nos ha tocado vivir. *Ser tolerante* supone en primer lugar quitarse los prejuicios que nos ponen barreras donde no debía haberlas. Es convencerse de una vez de que *todos los hombres*, prescindiendo del color de su piel, de la raza, de la religión, *somos iguales*. Parece mentira que una lección tan sencilla no la hayamos aprendido y menos todavía asimilado. Si no partimos de esta primera verdad, difícilmente alcanzaremos la tan deseada convivencia pacífica. La paz pasa necesariamente por la *tolerancia*. Los uniformismos están superados, como lo está también una concepción clasicista de la sociedad. La única utopía viable es la de la *fraternidad* entre los hombres. El hombre es ante todo un *hermano*. Este es el primer presupuesto del que debemos de partir. ¿No es para *admirarse* el tener una *conciencia viva* de que todos somos hermanos? A estas *admiraciones* debemos acudir para *no perder el norte* en nuestra vida. Darlo todo por sabido supone a veces darlo todo por ignorado. Nuestra capacidad de olvido es grande

e inexplicable. No se entiende bien cómo no interiorizamos esas verdades que fundamentan nuestra existencia. La frivolidad es mala cuando aterriza en aspectos nucleares de la vida. Insistir una y otra vez en que *todos los hombres somos iguales* no es nunca perder el tiempo. Pocas afirmaciones son más importantes que ésta. El hombre es un ser que no admite *etiquetas*, y menos si son *peyorativas*. Con frecuencia son demasiadas cosas las que se interponen entre un hombre y otro hombre. Damos relevancia a aspectos que no lo tienen. Hace falta una *jerarquización* en la mente, un *orden*, que nos sitúe en la *verdad* de la realidad. Por muchas y sofisticadas cosas que haya en el mundo, ninguna llega al nivel del hombre. En *admirarse del hombre* radica la gran cuestión. No hay otra referencia válida. Las grandes verdades son siempre tan evidentes como sencillas. Lo obvio es lo que más requiere nuestra atención, porque en su misma claridad está el inconveniente para conocerlo. Y es ésta una tarea encomendada a la filosofía, y de la cual participamos porque todos, por el hecho de ser hombres, somos filósofos. Supuesta esta *igualdad entre los hombres* hay que afirmar su *diversidad*. Las personas no son objetos hechos en serie, cada una es *única e irrepetible* y merece que su diversidad sea reconocida y respetada. No hacemos un favor a nadie cuando reconocemos lo que es. No es una *concesión*, es una *exigencia de la razón*: la acepción de personas es siempre injustificable.

## En torno al hombre

### *El cuerpo*

La *admiración al cuerpo* es algo sabido por todos. Por decirlo con una frase hecha es el *deporte nacional*. La *belleza y la salud* son las dos protagonistas de la filosofía del cuerpo. Es verdad que siempre ha existido una preocupación por la *belleza*. Es suficiente hacer un recorrido por la Historia del Arte para darse cuenta que esta *inquietud* ha estado presente siempre en todas las culturas. No sé si hoy, por haber avanzado la ciencia, este interés por la *belleza* se ha multiplicado, y son cada día más los *medios* que el hombre dispone para alcanzar este propósito. De todas formas, no cabe duda que estamos llegando a un punto muy cercano —si no lo hemos alcanzado ya— a la *exageración*. Operaciones, deportes, gimnasios, saunas, dietas, tintes, postizos y una larga retahíla de cremas, colonias, aceites, etc, constituye la *liturgia del culto al*

*cuero*. Esta liturgia cada vez es más *s sofisticada*, cada vez ocupa más tiempo y requiere mayores sacrificios. También hay más facilidades para exhibir el *cuero*. Sería suficiente traer a colación las playas. No es fácil salirse de esta espiral, pues se corre el peligro de hacer el ridículo ante tanta *gente guapa* alrededor. Se te exige —así como suena— *estar joven*, no aparentar los años que tienes. Muchas conversaciones informales tienen como único tema el darse consejos unos a otros. Hay una facilidad grande para comunicarse todo aquello que reporte un bien al *cuero* y a *insistir* ante el escepticismo del interlocutor, quizá cansado ya de varios intentos inútiles. Hay a veces como una *resistencia patológica* a envejecer, porque sólo *lo joven* está de moda. En estas *luchas* se nos va parte de la vida, a ellas entregamos nuestros *mejores tiempos*, nuestros *esfuerzos mayores* y también el *dinero*. Se trata de una verdadera *parafernalia*. Respecto a la salud podríamos referirnos en los mismos términos: existe una preocupación excesiva por la salud. Tal vez a alguno le parezca una exageración esta última afirmación. Pero si tenemos en cuenta la *medicina preventiva*, rara es la cosa que no es mala para algo. No es que se haya de ser un *irresponsable*, pero tampoco *aprensivo*. Además por encima de la salud, que es lo *primero* pero no lo único, existen otras cosas más importantes y de mayor trascendencia: el *mundo del espíritu*. No se puede ir *equivocadamente* por la vida, como si uno no tuviera que morirse nunca. ¿Qué cosas, después de la muerte, siguen teniendo vi-

gencia? La respuesta a esta pregunta nos sitúa de lleno en cuál ha de ser nuestra máxima preocupación, y desde luego la *salud* no puede ser una contestación.

### *La inteligencia*

La inteligencia es entre las facultades que tenemos los hombres la que más *admiramos*. *Ser inteligente* es visto como signo de predilección. Con qué resistencia se oponen los padres a admitir que uno de sus hijos no es *inteligente*. Acuden a todo tipo de justificaciones antes de reconocer esta realidad. Es que nuestra sociedad es tan *competitiva* que *no ser inteligente* supone estar condenado al fracaso. La *inteligencia* se identifica demasiado rápido con el *dinero*. Tal vez por esto se la valora tanto. Pero la importancia de la *inteligencia* viene dada porque, de la facultades humanas, ésta es la más característica. Aristóteles hablaba de que *lo específico de algo es lo que más le perfecciona*. Y este filósofo define al hombre como *animal racional*, que es justamente lo que le diferencia de todos los demás seres. La etimología de la palabra *inteligencia* nos remite a los vocablos latinos *inter legere*, leer dentro. Eso es efectivamente lo que hace la inteligencia, hacer una *lectura en profundidad* de la realidad, también la personal. En el sofisticado mundo del conocimiento, donde se puede llegar a saberes tan profundos, es lógico que produzca la *admiración* de aquellos que no tienen acceso a

ellos. Incluso los sabios se *admiran* de los secretos de la ciencia y también entre ellos si no media la soberbia. *Admirar la inteligencia* es un principio de sabiduría, porque muchas veces supone admitir, por nuestra parte, la *ignorancia reconocida* de la que hablaba Sócrates. Todos tendemos a considerarnos a nosotros mismos como *inteligentes*; es bueno saberlo para corregir este primer impulso y saber acudir cuando sea necesario al *consejo*. La *inteligencia* va unida muchas veces a la *autosuficiencia*, que aparte de separarnos de los demás nos puede llevar a equivocaciones. Además no podemos olvidar que *la inteligencia es factorial*, y que se puede ser *inteligente* para una cosa y no para otra. No es normal encontrarse personas que con la misma habilidad se desenvuelvan en todos los terrenos. Por lo tanto hay que desconfiar de esos test que, con frivolidad injustificable (por ejemplo por no haberse hecho en batería), califican de muy o poco inteligente a una persona. La *inteligencia* no es suficiente tenerla, es necesario también desarrollarla. Sin duda alguna habrá muchos que, por no haberla ejercitado, desconocerán sus auténticas virtualidades. En el terreno de la *inteligencia*, como está tan supervalorada, tan *admirada*, hay que ser cautos a la hora de injuiciar la inteligencia de una persona, más si es joven. El culto a la *inteligencia* tiene un límite, porque hay otras facultades que también ennoblecen al hombre.

### *La sexualidad*

Hablar hoy de la *sexualidad* es hablar de un tema muy conocido a diferencia de lo que ocurría los años pasados. Pero no podemos dejar de hacerlo, porque actualmente la *admiración* va también dirigida a la *sexualidad*. Raro es el periódico, la revista o una programación de televisión donde no aparezca. Se habla de que el mundo de hoy está *erotizado* por esa presencia obsesiva en todos los medios de comunicación. artísticos y culturales. Es difícil escaparse a él porque es *omnipresente*. Algo habrá en la *sexualidad* para que reclame nuestra atención con tanta fuerza. Para mucha gente los dos imanes de la vida son el *sexo* y el *dinero*. Desde luego no todos participan de esta *desenfocada orientación existencial*. Pero muchos sí. En una filosofía de la vida diseñada entorno al *placer*, el sexo ocupa un lugar preferencial y su atención a él se convierte como un *culto*. Desde los primeros años de la adolescencia se hace presente este interés por la *sexualidad*, y esta *sociedad permisiva* no hace más que *estimular acríticamente* esta tendencia connatural a todos los hombres. Es aquí donde radica el problema. Hemos sustituido la *formación sexual* por la *información sexual*. La *formación* debe ser *personalizada* y atendiendo a las *necesidades concretas* de una persona y teniendo en cuenta sus *circunstancias*. La *formación* responde a un *criterio*, que es el fin de dicha formación. En cambio la *información* es *generalizada*, va dirigida a un público desperso-

nalizado y *sin ninguna referencia a un sistema de valores*. Hoy todo vale para todos, cuando en realidad pocas cosas sirven para todos. No se trata únicamente de una cuestión de *moral*, se trata también de *oportunidad, prudencia, buen gusto, responsabilidad*. No podemos ser tan *simples* para pensar que es algo *inofensivo* para las personas. El mundo de los sentimientos y emociones configuran en gran parte nuestra forma de ser. Una *vida erotizada* difícilmente se adecúa a las exigencias que el hecho de ser persona lleva consigo. Es difícil adjudicar la culpa a alguien de esta *desorientación de la sexualidad*. Cuando algo ocurre, y esto es importante, son muchas las causas que lo han generado. Acudir solamente a una es una manera de engañarse. Las cosas son más complicadas de lo que a simple vista parecen. El problema está ahí en la calle, la solución, desde luego, se hace muy complicada. Algunos intentan atajarla, pero ante la avalancha de sexo difícilmente se puede hacer algo. Lo que existe en el fondo es una *crisis de valores*, donde *todos* deberíamos poner los medios para salir de ella.

### *El estudio*

Quien tiene la *capacidad de admirar*, termina teniendo aprecio al *estudio*. No es posible ir por la vida con la inteligencia (y también el corazón) abierta y no desear sumergirse en el saber. Luego vendrá la vida con sus rebajas y a lo mejor no podrá hacerse realidad el *estudio*. Pero

quien tiene ilusión por conocer no puede desistir del deseo por la *lectura reflexiva*. La inteligencia tiene sus reclamos, aunque a lo mejor sea fácil contentarla con pocos conocimientos. Pero a la larga siempre habrá nuevas llamadas para saciar este deseo del saber que parece no tener fin. Resulta difícil de entender cómo la mayoría de gente *deja los libros* y va por la vida con una *suficiencia* que no se justifica en modo alguno. Todo el mundo *opina*, nadie calla. Es normal encontrarse con gente que no reconoce su ignorancia ante nada. Identificar estudio con *expediente académico* es un error. El ámbito que corresponde al estudio debe ser más amplio que el diseñado por un *curriculum*. Siendo realistas y no dejándonos llevar por enseñanzas utópicas, es perfectamente compatible con las exigencias que la vida tiene, dedicar aunque sea esporádicamente, ratos al estudio de aquellas materias que nos puedan ser de más utilidad. Las cosas no están dichas de una vez para siempre. Los conocimientos aumentan, también hay revisiones sobre cuestiones que se daban por definitivas. Se hace necesario estudiar aquellos *temas de actualidad* de los cuales no se puede hacer caso omiso. Incluso desde el *ámbito religioso* se emanan documentos cuyo estudio se hace imperativo. No hay que pasar de los *libros* ni tenerles miedo. Hemos de pensar que la *lectura* es una *actividad específica del hombre*. No es posible interpretar nuestra propia vida y la del mundo que nos rodea *en clave de verdad*, sin una predisposición a la lectura reposada. Nadie con facilidad debe sentirse



excluido de esta convocatoria. De acuerdo que habrá distintos niveles según sea la formación recibida. Pero sólo en ocasiones excepcionales será necesario arrinconar los libros, como quien esconde en un cajón un título universitario.

### *Las cosas bien hechas*

Ante lo que está bien hecho surge instantáneamente la *admiración*. La obra realizada con perfección tiene un *encanto especial*, que nosotros captamos con asombro. No es fácil terminar al detalle una tarea. Las prisas, el cansancio o el aburrimiento terminan acelerando un trabajo que todavía necesita de nuestra atención. En cambio cuando ponemos los cinco sentidos para realizar bien lo que llevamos entre manos, el resultado es positivo. Cualquier tipo de trabajo puede ser hecho con *perfección*. No es necesario que se trate de un objeto artístico. Hasta la tarea más vulgar puede ser ejecutada de modos muy diversos. De alguna forma se trata de una *filosofía de la vida*, de una autoexigencia que no tolera los comportamientos mediocres. Hace falta imponerse una disciplina para hacer bien las cosas y no desertar ante el primer desánimo. *Las cosas bien hechas* pueden degenerar en *perfeccionismo*, cuando se busca lo perfecto por ser perfecto. Entonces se puede emplear un tiempo desmesurado para realizar un trabajo que podría realizarse en menos. El *perfeccionista* busca más la autosatisfacción personal que la obra bien hecha. Hay un adagio

escolástico que dice *lo mejor es enemigo de lo bueno*. Efectivamente todo en la vida tiene un *límite*, ir más allá de él es perjudicial. Pero esta realidad no debe llevar a desatender lo que estamos haciendo. Si no se pone el esfuerzo, constancia e intensidad las cosas no salen bien. La comodidad, la desgana y la desidia son las culpables de las obras chapuceras. La competitividad es buen estímulo para que los hombres se superen en sus labores. Cuando esta competitividad, por la razón que sea, no existe, se nota. Falta el incentivo para crecerse ante las dificultades. Para superar los obstáculos hace falta un ánimo emprendedor, que no ceje con facilidad ante el primer inconveniente. *Hace falta proponerse* hacer bien las cosas, para efectivamente realizarlas así. Quien no tiene claro el objetivo de acabar con perfección una tarea, será muy raro que lo consiga, porque el camino más rápido es el de poner inconvenientes ante las dificultades que todo trabajo lleva consigo. Por eso, porque sabemos lo que cuesta una obra bien realizada, *nos admiramos* de que no falta ni sobra nada, que está hecha con perfección.

### *La vocación profesional*

Casi todos —y algunos con vehemencia— sentimos la llamada a una *vocación profesional* concreta. Es algo que de alguna manera es innata en nosotros y nosotros no hacemos sino seguir la voz de la llamada. Y hacia esa profesión tene-

mos una *admiración* muy especial, que durará (también con sus pequeñas crisis) durante toda la vida. Decir que la *vocación* de una persona es importante, es afirmar algo muy sabido, pero no por eso no es digno de análisis. *Admirar* un quehacer en la vida nos aporta grandes beneficios, porque no hay nada como realizar el propio trabajo a gusto, llevando con elegancia los sacrificios que toda tarea comporta. *Vivir admirando la propia profesión* es uno de los mayores regalos que la vida nos puede ofrecer. El hombre necesita amar, también lo que hace. Todo *desamor* supone un *desencuentro*, y en él la *infelicidad*. El trabajo es la estructura vertebradora de nuestra existencia, importa mucho que dentro de sus dificultades y sacrificios sea gratificante. La vocación, cuando ésta existe, hace más llevadero el peso del cansancio. No ve tanto los inconvenientes como las ventajas. Parece que todo lo que supone dolor tiene un contrapeso que facilita su acción. Es muy corriente oír hablar del *trabajo en términos negativos*, pero se olvida con frecuencia lo que de *positivo* tiene para nosotros. No cabe la menor duda que a través de él nos realizamos, encontramos un sentido a nuestra *dimensión social*. Todos deseamos *ser útiles a los demás, cooperar en el bien de la humanidad, construir un mundo mejor*. Y sabemos que con nuestro trabajo, cuando está hecho *con espíritu de servicio*, lo podemos hacer. Por eso sería bueno que, de vez en cuando, nos parásemos a considerar los beneficios que nos reporta a nosotros mismos y a los demás, y tal vez disminuyera tan-

ta *queja*, que sólo hace más amarga la vida. Esta *patología de la queja* va en contra de muchos valores que deben presidir el trabajo profesional, tales como la *generosidad, la creatividad, la responsabilidad, la eficiencia*, etc. Hace falta un gran espíritu para realizar con perfección el trabajo. Dejándose llevar por la pereza y la comodidad es difícil realizar un buen trabajo, y sin un buen trabajo no hay *servicio* posible a los demás. *Admirar la propia profesión* es una fuente de beneficios para quien no acaba de creerse la grandeza de su vocación.

### *El amor*

*Estar enamorado y amar* facilitan en gran manera la *admiración*. Es bien sabido que el *amor* supone un gran *impacto* en la persona que lo sufre. La vida parece nueva a los ojos del que ama. Todo se ve con una luz nueva, con alegría y optimismo. En *verdad* se trata de un *redescubrir la realidad*. El *enamorado* traslada al mundo exterior lo que lleva dentro, y con este trasvase logra aniquilar la rutina, el costumbramiento y la monotonía. Es admirable esta actitud. De un golpe consigue transformar la realidad más anodina en un cuadro de luces y colores. Pero, como es lógico, este estado de *enamoramiento* desgraciadamente no perdura siempre o al menos con la misma intensidad. ¿Qué hacer entonces? ¿renunciar a esta *visión enamorada de la vida*, donde la *admiración* es la gran protagonista? No, porque

no podemos renunciar a ser felices. El que sea difícil es otra cuestión. Nadie ha dicho que sea fácil. Sin embargo, de ahí no se deduce que debamos desertar en esta empresa. El *amor* lo ilumina todo, y con su luz alumbra al mundo llenándolo de alegría. ¡Qué más puede pedirse en esta vida! ¿no habrá que poner todos los medios para que esta *actitud enamorada* permanezca siempre con nosotros? Cualquier tipo de *enamoramiento* comporta necesariamente la *admiración*, *admiración* que se extiende más allá de la persona amada. Pero la cuestión que aquí estamos tratando es de *enamorarse de la vida*, de verla con la ilusión de quien la ha visto por primera vez. ¿Es esto posible? Según lo que llevamos dicho, quien se *enamora* (o *ama*) a alguien lo consigue en base a esa tránsfuga que se da entre la persona amada y la vida. Pocas veces se hace hincapié en esta virtualidad que tiene el *amor*. De él se dicen muchas cosas, pero tal vez no se subraye la ilusión por vivir que lleva el acto de *amar*. Cuando no se ama, fácilmente la vida pierde su sentido, y el aburrimiento se hace presente, y entonces es costoso encontrar el antídoto capaz de hacer desaparecer este triste estado. A veces se hace un uso abusivo de la palabra *diversión*, como si en ella estuviera la clave para hacernos felices. El campo de influencia de la *diversión* en la vida humana es muy reducido. En cambio el *amor* sí es fuente de felicidad. Quien *se da* a los demás recibe a cambio esa alegría que *iba buscando*.

### La muerte

Situarnos ante la *muerte* es colocarnos frente a la *admiración*. La muerte tiene algo de sobrecogedor que *transforma nuestra visión de la realidad*. Las cosas no son igual según estén próximas o alejadas de la muerte. Ante ella lo cotidiano queda desdibujado de tal forma que prácticamente desaparece. En cambio, nuestra *admiración* parece dirigirse exclusivamente a *cuestiones existenciales* de primera importancia. El hombre afectado por la muerte *se admira* de la finitud de su vida, del alcance de sus acciones, de la existencia de otro mundo: hechos todos ellos fundamentales para *orientar* a la persona. La *admiración* se hace *selectiva*: sólo le interesa aquello que frente a la muerte sigue teniendo vigencia. El hombre en estas circunstancias toma de una forma especial conciencia de su situación en el mundo, cae en la cuenta de la *caducidad* de tantas cosas que le interesaban. *Se admira* de su *condición humana*; todo lo demás, por el momento, no le interesa, son demasiado importantes las cuestiones que le interpelan como para entretenerse en problemas de poca monta. Está claro que no todo el mundo tiene la *misma capacidad de admiración* ante el hecho de la *muerte*. Muchas cosas pueden agrandar esta *admiración*, como que el ser fallecido sea muy querido, joven, el tipo de muerte. La misma persona, que es el sujeto de la *admiración*, también puede encontrarse en circunstancias diversas que amplíen o no la noticia que la *muerte* lleva consigo. Si al-

guna vez nos ha cogido la puesta de sol en un cementerio: el silencio, la luz morada del cielo y el lenguaje de las tumbas habrán terminado por transportarnos a un mundo muy lejano de nuestras realidades cotidianas. Sería una bonita experiencia trasladar en un papel las vivencias de esta puesta de sol. La experiencia de la *muerte* no nos deja indiferente. Hay casos en la Historia que la presencia de la muerte ha supuesto un cambio definitivo en la vida de una persona; pensemos, por ejemplo, en el valenciano Francisco de Borja. La muerte está *íntimamente relacionada* con el *hecho religioso*, pasar por alto esta referencia supondría una grave omisión. Las cuestiones religiosas se dilucidan en última instancia en la puerta de la *muerte*. La *admiración* que surge en estas circunstancias está teñida por la Religión.

### *Los amigos*

Por los *amigos* solemos sentir *admiración*. Quizá por eso son amigos nuestros. Quien pasa inadvertido es difícil que termine siendo uno de los nuestros. Afortunadamente todos tenemos un algo que nos diferencia de los demás y de alguna manera nos pone por encima. Esto es fruto de ser, cada uno de nosotros, *únicos e irrepetibles*. No somos seres gregarios completamente iguales unos a otros. *El amigo se escoge*, y su selección es consecuencia de algo que nos llama la atención. Ese algo puede ser muchas cosas y muy variadas. Sería casi imposible confeccionar

un listado de motivos que inducen a la *amistad*. Y mientras dure la *admiración* existirá la *amistad*. La *admiración* por el amigo predispone nuestro ánimo a la *acogida*. Se valora al amigo por lo que tiene de único. Nadie como él puede aportar en nuestra vida la ilusión de sentirnos cerca. El amigo siempre trae con él un *aire de fiesta*, que ninguna otra persona puede llevar consigo. Los familiares nos dan fundamentalmente *seguridad y acogida*, los *amigos en cambio alegría*. Uno necesita de vez en cuando salirse del asfixiante aire familiar, *protector* en gran manera, y situarse frente a los otros escogidos por él para ilusionarse juntos en proyectos comunes, aportando cada uno lo que le es más propio y genuino. La *amistad es una aventura* que merece ser realizada. La *admiración* de unos por otros es el nervio que mantiene viva la amistad. El hombre necesita también *admirarse de las personas*, porque *sin admiración* aparece el *descanto*. En cambio, cuando la *admiración* es un elemento vertebrador de la *amistad*, está garantizada su duración. Es bueno *admirarse* de los demás, porque esta actitud nos lleva a reconocer su *dignidad*. El mundo está necesitado de hombres que se *respeten entre sí*. Y no cabe duda que la *admiración* es un buen activador del respeto. Cuando se mata la *admiración* y se cae en descalificaciones, se emprende un camino que nos aleja de la consideración respetuosa de los demás.

### Los niños

No es bueno pasar muy por encima del *mundo de los niños*. Ellos sin saberlo, a condición de que les observemos, pueden enseñarnos muchas cosas. *El brillo de sus ojos* manifiesta la *admiración* que les produce la realidad. *La primera vez* que algo se nos manifiesta tiene la virtualidad de convertirse en un *momento único*, al que volveremos muchas veces a lo largo de nuestra vida. Los primeros colores, olores, sensaciones nos marcan para siempre. *El niño vive admirado*, nada, o casi nada, le es indiferente. Y nosotros, los adultos, que corremos el riesgo de *estar de vuelta* de todo, necesitamos como tabla de salvamento volver a lo que fuimos, a nuestro primer mundo donde con tanta viveza aprendimos a relacionarnos con las cosas. Las etapas de la vida, no se yuxtaponen unas a otras, sino que están atravesadas por el mismo diseño biográfico. Se ha dicho que la *madurez* no es otra cosa que la *explicitación de la niñez*. En esta afirmación sí que se remarca el nexo existente entre estas dos etapas de la vida. Es necesario, de alguna forma, *volverse como niños*, si queremos recuperar el *encanto* que el mundo nos ofrece. No es fácil retomar la *ingenuidad* propia de los niños. Porque no se trata de instalarse en un estado *bobalicón*, sería peor el remedio que la enfermedad, sino de recuperar lo que de *genuino* tiene la vida. La realidad del adulto está muy maquillada, difícilmente se redescubre en ella los rasgos originarios, y a veces se desdibuja tanto el trazado de la

propia *biografía infantil*, que se hace difícil encontrar el referente; entonces nos hallamos en una situación crítica y poco esperanzadora, porque no hay *dónde volver*. Y todos necesitamos *volver* para reconocernos a nosotros mismos. No se por qué el mundo *de los niños* se mira tan de soslayo, como si no fuera con nosotros, cuando en realidad es nuestro *punto de referencia* más importante. El mundo de la psicología y de la medicina van por delante haciéndonos ver la *importancia* de la infancia y la estrecha *unidad* que existe en las distintas etapas de la biografía de un hombre. De los *niños* hemos de aprender a *admirarnos*, porque las cosas tienen la virtualidad de producir *admiración*, si nosotros no interponemos nuestros dudosos intereses personales.

### La juventud

Ahora se ha puesto de moda *admirar a los jóvenes*. En tiempos pasados eran los *ancianos* objeto de *admiración*. En cambio hoy es considerada la juventud como el modelo a seguir. *Todos quieren ser jóvenes*. Se idolatra a la *juventud*, que es vista como la *edad perfecta*, a la cual hay que *imitar* si no se está en ella. Los deportes, las cremas, la moda de la ropa, todo va encaminado a hacernos *más jóvenes*. Nadie, por nada, quiere abandonar su *juventud*, aunque se cuenten por decenas los años que los separan de ella. Lo sport, lo desenfadado, lo informal, es el tipo de ropa que la gente prefiere. Así se explica

el éxito tan duradero de los *pantalones vaqueros*. Y esto sucede tanto a los hombres como a las mujeres. Quizás estas últimas acudan a más recursos para conseguir el objetivo. Y como te alejes del modelo de vida diseñado por la juventud, eres calificado de inmediato de *carca*, *retrógrado*, *carroza*, *retablo*. Adjetivos todos ellos descalificadores y ofensivos. ¿Y a qué responde esta adulación? Desde nuestro punto de vista se debe al *culto al cuerpo*. En otras épocas en que lo que se valoraba más era la *sabiduría*, se admiraba al anciano, y esto porque el *anciano* debido a su edad había tenido *más tiempo* para aprender. Pero ahora lo que enamora a la gente es poseer un *cuerpo bello y sano*, en el que no aparezcan síntomas de vejez: arrugas, pelo cano, calvicie, obesidad, etc. Cualquier sacrificio es poco para *mantenerse físicamente en forma*, y cualquier producto es barato si consigue quitarnos años. En esta carrera en búsqueda de la juventud perdida estamos todos, y si alguno no se suma a ella es duramente recriminado y se le sugieren miles de formas para incorporarse a la edad de la *eterna juventud*. Cada día es menos importante lo que sabe una persona. Lo que realmente cuenta a su favor es su *imagen*. Dar *buena imagen* es lo mejor que hay. El que uno sea erudito de la Generación del 27, eso, en el mejor de los casos, importa a unos pocos. De la gente lo primero que se espera es que sea *guapa*. Todo lo demás que hace referencia al alma queda arrinconado. El grado de *frivolidad* alcanzado por algunas personas —yo me atrevería a decir que mu-

chas— es notorio. Y esta frivolidad de los jóvenes se traslada a los que ya no lo son, pero quieren seguir siéndolo. Entonces se corre el peligro de hacer el *ridículo*. Son muchos los que lo hacen, aunque ellos no lo sepan. Los años no perdonan y a ciertas edades hay cosas que desdicen, por la sencilla razón de que están fuera de tiempo. Cada época tiene su *quid*, y hay que estar en el lugar que a uno le corresponde cronológica y psicológicamente, sin fijaciones neuróticas por la juventud. ¿Por qué hemos de hipotecar nuestra vida a aparecer jóvenes? Cabría preguntarse: *¿es la juventud un valor absoluto?*, *¿es en la juventud donde damos lo mejor de nosotros mismos?*. Valdría la pena plantearse cuál es nuestra postura en el tema que estamos tratando, para de este modo *no admirar un modelo que no nos sirve*.

### *Los enfermos*

Hay algo en estos seres *atravesados por el dolor* que acaparan nuestra *admiración*. No nos pasan inadvertidos. El encuentro con el dolor tiene la virtualidad de desarmarnos. Ante él todo lo demás pierde sentido. Nos *admiramos* de que la enfermedad sea la protagonista de una vida. Nos cuesta creer que esto sea así. No cabe duda que el dolor es un *misterio*, por eso nos *asombramos* ante él. No termina de explicarse con razones humanas el por qué de tanto sufrimiento. Algunos —los no creyentes— se escandalizan,

se tropiezan con el absurdo. Para quienes saben que Dios existe, necesitan acudir a El para entender el dolor dentro de la economía de la salvación. Ante el *misterio del dolor* sólo caben dos posturas: el silencio y la oración. El silencio desconsuela. La oración acompaña. La *admiración* se hace mayor cuando se comprueba la *alegría* de quienes los atienden con todo cariño. En muchas ocasiones suelen ser religiosas, las que unen al dolor el misterio de sus vidas. El binomio: *dolor-alegría* es difícil de entender, pero en ciertos casos este binomio es una realidad. Únicamente la *capacidad de distracción* del hombre le puede hacer olvidar la enfermedad. Pero pocas cosas hay más importantes en el mundo que un *enfermo*, y más si se trata de un *niño*. Frente al *dolor* hay muchas cosas que sólo son *frivolidad*. Es duro afirmarlo, pero es así. El dolor tiene algo en común con el *amor* y la *muerte*, también él cambia nuestra visión de la vida. Los hombres, con más frecuencia de la debida, olvidamos lo *importante* para perdernos en lo accesorio. Y se hace necesario un revulsivo para volver a sintonizar con la verdad. Deberíamos *admirarnos* de aquellas realidades que nos hacen tocar el infinito y transcendernos a nosotros mismos, y a las otras cosas no darles más importancia que la que tienen, que siempre es poca. Es imposible preguntarse qué es el hombre sin enfrentarse con la muerte y el *dolor*. El *dolor* no es algo periférico a la vida humana. El *dolor* es consustancial al hombre. Quien no entienda el *misterio del dolor* no terminará de comprender

la realidad humana. El nacimiento es *dolor* y la *muerte es dolor*: ¿hay dos actos más existencialmente humanos que estos dos? La *autenticidad* de nuestra vida nos exige que no cerremos los ojos a aquellas realidades que tocan al hombre de una manera tan profunda, y nos pide en cambio que prescindamos de tantas preocupaciones inútiles que nos desorientan y terminan perdiéndonos.

### *Preocupaciones humanas*

No cabe duda que con frecuencia son las *preocupaciones* las que nos impiden que accedamos a las cosas mismas. El hombre generalmente anda demasiado preocupado por sus propios problemas, de los cuales algunos son reales pero otros inventados, como para estar atento a los demás o a la realidad circundante. Hay que encontrar un sistema, y ciertamente lo hay, que nos permita descargar ese peso que acapara toda nuestra atención. *La vida* —y éste es uno de los grandes retos del hombre— *hay que estrenarla todos los días*, hay que mirarla con *ojos nuevos*. La vida tiene con qué sorprendernos, los que fallamos somos nosotros, que anteponeamos ante nuestros propios ojos tantas experiencias pasadas y tantas preocupaciones presentes, que difícilmente la mirada pueda abrirse camino ante tal abundancia de obstáculos reales e imaginarios. Sin embargo, hay que *vivir la realidad presente* desasido de todo, para enfrentarnos a ella, como

lo hicimos por primera vez. Tal vez lo que acabamos de decir sea una exageración, pero no cabe duda que en el nervio de esta afirmación está una de las claves de la felicidad del hombre. Hay que *volver a admirarse* del amanecer o de la salida del sol, de la sonrisa de un niño o del color de una fruta. ¿y qué hacer para que la rutina no se interponga a nuestro deseo de volver a *admirarnos* a lo que ya ha perdido su aspecto de novedad? La reflexión tiene aquí mucho que decir, es la única que puede quitar tanto estorbo para que al fin *las cosas nos vuelvan a sorprender*. La reflexión, efectivamente, puede poner las cosas en su sitio, puede hacer hincapié en la necesidad de devolver a las cosas su genuina realidad. Pero no todo el mundo sabe o puede hacer de la reflexión ejercicio de corrección de la contemplación del hombre y del mundo. Hace falta ser muy inteligente y tener una gran sensibilidad para rectificar lo que la rutina deforma. No son muchas las personas capaces de llevar a cabo este ejercicio. Pero no hay otro camino *si queremos vivir la realidad presente en su pura integridad*, de lo contrario cada vez las cosas nos serán mas sabidas hasta el extremo de perder todo significado para nosotros.

### *La propia vida*

Normalmente nos admiramos de lo que ocurre a nuestro *alrededor*. Pero existe otra *admiración* posible: *admirarnos de nosotros mismos*.

Mirarnos a nosotros mismos con ojos nuevos, recién estrenados, es una aventura que vale la pena intentar. Nuestra vida, por sernos tan cercana, termina perdiendo relieve y se nos presenta como algo confuso, sin significado alguno. Si queremos que la vida nuestra esté atravesada por la ilusión, es necesario *admirarse*. ¿Pero cómo nos vamos a *admirar* de algo que nos es tan conocido? ¿Es que existe la posibilidad de encontrar en nosotros algo nuevo? Ciertamente lo es. Sólo es necesario proponérselo. Quitarnos de los ojos la mirada cansada que pasa resbaladiza sin detenerse en nada. La propia historia nuestra está tan llena de virtualidades, que por sabida que sea, siempre hay lugar para la *sorpresa*. *Amar lo que uno es* se convierte en el camino más rápido para la *admiración*. Aquí radica el *acierto* de nuestra propia interpretación de la vida. Quien se maltrata o no se gusta difícilmente podrá disfrutar de la alegría que conlleva la *admiración*. ¿Es posible salir al encuentro de uno mismo desde el desencanto? Parece difícil. La ilusión, la alegría de vivir es la mejor plataforma para acceder a la *admiración*, y desde ella estrenar con luz nueva *la propia vida*. Es necesario, aunque sea con esfuerzo, limpiarse los ojos con el *colirio de la admiración*, e intentar redescubrir todo lo bonito que nuestra propia historia tiene. Ya está bien de que constantemente estemos buceando en nuestros males y desgracias, cerrando los ojos a lo que hay de bueno en nuestra biografía personal. Aquí tiene mucho que decir la *autoestima*, tan olvidada por muchos y tan



mal interpretada por otros. Enorgullecerse no es el objetivo, claro está, de la *autoestima*. Pero ser agradecidos de la propia vida, eso sí. El que agradece disfruta con la realidad agradecida. Quien sonríe a la vida, la vida termina sonriéndole. La felicidad no está en disfrutar de situaciones especiales, sino en la buena disposición del ánimo. Como diría Agustín de Hipona, es necesaria la *introspección* para acercarnos a la verdad que habita en nosotros y desde ella recuperar el mundo de nuestro alrededor. Está en nuestro interior la clave de la felicidad. Esto es necesario repetirlo una y otra vez, porque obsesivamente la buscamos *fuera*, pero por muchos que sean los esfuerzos no la encontraremos, por el simple hecho de que no está ahí.

### *El tiempo*

Pasados los años de la juventud, el *tiempo* se nos va de las manos sin darnos cuenta, y nos *admiramos* de que suceda así, porque aún tenemos recientes los años de nuestra juventud cuando en nuestra cabeza aparecen nuestras primeras canas. ¿Qué es el *tiempo*? Es una de esas realidades que todos sabemos, pero que en cambio se nos escapa. Ser hombre es estar en el *tiempo*. En el eje de las coordenadas *ser y tiempo* se realiza la vida humana. Es suficiente contemplar un cementerio para que el *problema del tiempo* se agrande y se ofrezca a nuestra inteligencia como una *gran cuestión*. Con el *tiempo* siempre anda-

mos a vueltas. A veces nos falta, otras nos pesan el paso de las horas. Y con frecuencia *nos admiramos* que nuestro tiempo (psicológico) no coincida con el real (cronológico). Quizá los que más cosas acertadas hayan dicho sobre el *tiempo* sean los poetas. Estos intentan alcanzar por el camino de la metáfora el infinito, y el *tiempo* a pesar de estar medido por segundos va más allá de lo medible. Admirarse del *tiempo* es situarse en el ámbito de lo transcendental. Las *realidades más importantes de nuestra vida*, lo estamos viendo en estas páginas, *siempre tropiezan con el misterio, con el límite, con el más allá*. Pero estas cuestiones sólo se pueden obviar pagando el precio de no ser hombre. Nuestra *instalación en la vida* no es un juego frívolo sin transcendencia alguna. Es, por lo contrario, un *compromiso*, en primer lugar con nosotros mismos. La *seriedad* (de la vida) no es sinónimo de aburrimiento, aunque a los jóvenes sí les parezca. La *seriedad* se entiende en el *carácter irreversible que tiene la vida*. Porque existe el tiempo importa la *equivocación*. No es lo mismo actuar de una manera o de otra. Nada da igual. La vida siempre pasa cuentas. Todos andamos siempre con el *tiempo* auestas. En ocasiones perplejos, en otras desencantados. Los nacimientos y las muertes de nuestro alrededor nos colocan en nuestro sitio. Las campanas de los pueblos cuando tocan a muerto nos dicen más que muchos discursos filosóficos. El hombre debe encararse con su *tiempo biográfico* y responsabilizarse. De nada sirve olvidar el propio *tiempo*.

### *El narcisismo*

La contemplación de la *propia vida* no tiene por qué llevar a una *actitud narcisista*. Nada tiene que ver *asombrarse ante lo cotidiano*, lo que nos sucede, y el *narcisismo*. Esta postura se define por su egocentrismo y ensimismamiento, por un encerramiento en sí mismo sin apertura a los demás. La *autoestima* no tiene relación con ningún tipo de *desvío psicológico*. La *autoestima* es absolutamente necesaria para llevar una *vida sana*. Si no nos tratamos bien a nosotros mismos, cómo vamos hacerlo con los demás. La vida debe discurrir en un *tono amable* tanto de puertas adentro como de puertas afuera. *Tener confianza en uno mismo* es la primera plataforma para hacer algo útil en la vida. Nunca han inspirado confianza esas personas que se *infravaloran*, que no quieren reconocer lo que realmente hacen. Estas falsas humildades parecen que van buscando un agradecimiento todavía mayor al que se merecen. Las personas con dificultad sabemos ponernos en nuestro sitio. Oscilamos injustificadamente de una *infravaloración* a una *sobreestima*. Parece como si no supiéramos encontrar nuestro lugar. Hay demasiadas ocasiones en que la vida nos encuentra fuera de la posición que deberíamos ocupar. Los *estados de ánimo* nos traicionan, nos descolocan. Cuando estamos *contentos*, si no nos controlamos, todo adquiere una valoración positiva, incluso nosotros nos vemos a nosotros mismos más allá de nuestras posibilidades; por el contrario, si es-

tamos *pesimistas*, con facilidad proyectamos en los otros nuestro mal humor infravalorándonos. Es cuestión de *equilibrio*, de objetividad: de otro modo la percepción de nuestra vida y la de los demás es equivocada. Tal vez *narcisistas* hay pocos, pero hombres verdaderamente *ecuánimes* tampoco hay muchos. Aquí, pues, está la meta, pero para alcanzarla es necesario que seamos *autocríticos*, que corrijamos las posibles desviaciones que surjan tanto a la alza como a la baja. Quien anda irreflexivamente, sin preguntarse si su valoración propia y la de los otros es la correcta, será sujeto pasivo de vaivenes que no podrá controlar. El *temperamento* en este tema que estamos tratando tiene mucho que ver, pero el temperamento puede, aunque difícilmente, ser *compensado*. La tarea, desde luego, es difícil. Pero lo que no es válido es justificar toda nuestra conducta apelando a que nuestro temperamento es de ésta u otra manera. La *vida moral* del hombre sabe sacar virtualidades nuevas donde era extraño hallarlas.

### *La envidia*

La *admiración por las personas* puede degenerar en *envidia* si no deseamos el *bien al otro*. Esta actitud de desear los bienes ajenos no está muy extendida. Hace falta un corazón generoso y desinteresado para que no anide en nosotros el desamor. Quien *envidia* es que *no está conforme* con lo que tiene, generalmente todo le parece

poco, siempre desea más, aunque no lo necesite. Hay en algunas personas una tendencia a almacenar cosas que no es normal. Las casas si se sobrepueblan de objetos terminan por ser inhabitables, no hay modo de encontrar nada, ni de hallar un lugar libre para dejar algo que llevamos entre manos. Debemos regular con *elegancia interior* ese deseo incontrolado, muchas veces, de desear lo que tienen los demás. Decíamos que era necesaria la *elegancia interior* para no caer presa de la *envidia*. Quien sabe que lo mejor de su persona no consiste en lo que *tiene*, sino en lo que es, no cae fácilmente en la tentación de *envidiar*. Hay personas, llamémosle *sencillas*, que piensan que si *tienen más, serán más*, confundiendo así el *ser* y el *tener*. Habrá que decirlo una vez más: el valor de una persona reside precisamente en su *condición de persona* y en los *valores morales* con los que se haya revestido. Poco tienen que decir aquí *las cosas*. Pero se hace muy difícil al hombre de hoy no tener en cuenta, a la hora de valorar a una persona, su *dinero*. Como si el dinero fuera el reflejo de la moralidad de la persona. Andamos muy equivocados cuando al hablar de una persona afirmamos que tiene «buena posición», o esta otra expresión menos afortunada: «fulano es de una familia bien». Como si todas las familias no fueran igual de *bien*. Queramos o no sigue siendo el dinero el gran diferenciador de los hombres. Estos no se dividen —como debería ser— entre *buenos* y *malos*, sino entre *ricos* y *pobres*. Así se explica que si no existe otro valor *los pobres envi-*

*dian a los ricos*. La *admiración* nos debe servir para *aprender*. Ya lo decían los griegos que la primera condición para *saber* era *admirarse*. El que se admira desea *conocer* el objeto admirado y *poseerlo intelectualmente*, pero de ninguna manera quiere la *adquisición material* como objetivo de su felicidad. Aunque la gente es cada vez *más independiente* y *va más a lo suyo* que en otras épocas, esto no supone que la *envidia* se haya erradicado.

## La Naturaleza y el arte

### *La Naturaleza*

Se nos hace difícil habitualmente admirarnos de la *Naturaleza*, porque nuestro escenario es la ciudad, que con su configuración humana reclama nuestra atención. Únicamente un cielo estrellado o una llamativa puesta de sol nos pueden sacar por unos momentos del mundo fabricado por el hombre. Pero esto no es suficiente. El hombre necesita *admirarse de la Naturaleza* que es su paisaje más propio. Ante los montes y el mar, ante los bosques y las playas el ser humano siente dilatarse el corazón, y su inteligencia se abre a cuestiones profundas. *Hay algo en el paisaje natural que nos sitúa en el centro de nuestra vida*, que nos hace sentirnos a nosotros mismos como *problemas*. Aquí entre montes, cielos y playas no hay intermediario alguno. Hemos de decirlo sinceramente, el gran interlocutor entre la *Naturaleza* y nosotros es Dios Creador. Su presencia es una constante para quien en soledad

contempla parajes naturales. Necesitamos de vez en cuando transcender el mundo de las tiendas y de las sucursales bancarias, necesitamos quitarnos tantos intermediarios que nos obnubilan la vista y nos *distraen* de nuestra auténtica *orientación existencial*. No somos hombres para comprar y vender, lo somos sobre todo para *admirar* y *contemplar*. No podemos olvidar con Agustín de Hipona que *el hombre es una cuestión para él mismo*, qué duda cabe, se trata de la cuestión más importante. Vivir hipnotizados por la ciudad es una forma de vivir pero no es la *auténtica*. La ciudad nos devora con sus preocupaciones, nos quita el tiempo, nos circunscribe únicamente en lo que de *humano* hay en la vida. Salir al campo, al sol, al mar es *reencontrarse*; aquí está el secreto que la Naturaleza nos quiere comunicar con su presencia. Saber esto es importante porque todo lo que nos lleva a un *reencuentro personal* es de sumo interés. El hombre necesita de vez en cuando recolocarse en su propio centro y volver a dar a las cosas la *verdadera* importancia que tienen. Habitualmente les solemos dar un lugar de privilegio que es a todas luces desmesurado. No es bueno moverse siempre dentro de las *medidas humanas*, porque terminamos creyendo que es el único *mundo existente*. Y esto no es verdad. Están los cielos, los espacios siderales, los océanos, todo un territorio que con sus dimensiones nos está queriendo decir algo. Pero para poder *escuchar* es necesario atender (en el sentido de *admirar*). Este es el problema, que *no escuchamos*. Llevamos «nuestro mundo» dentro,

y es tan intensa su actividad que no nos deja oír lo que viene de fuera. No debemos olvidar nunca que *nuestro paisaje más natural es el que empieza más allá de la ciudad*.

### *El paisaje*

Estamos tan acostumbrados al *paisaje* que nos rodea que raramente nos detenemos en su *contemplación*; alguna vez levantamos la mirada al horizonte (si los edificios nos lo permiten) y caemos en la cuenta de lo hermoso que es, por ejemplo, una puesta de sol, pero todo queda ahí, porque la inmediatez de otros reclamos (el semáforo, el volante, etc.) hacen que nuestra atención se centre en ellos. Lo mismo podría decirse de la contemplación de una noche estrellada, o de un paisaje marino. En el mejor de los casos caemos en la cuenta de su presencia y de su hermosura, pero no se da una *contemplación reflexiva*, es decir, tener conciencia de que se está contemplando. Para que haya contemplación es necesario contar con *un tiempo* que nos permita llevarla a cabo. Con *instantes de tiempo* difícilmente puede tejerse el hilo de la contemplación. Una concepción demasiado pragmática de la vida impide el detenimiento necesario (incluso físico) para poder contemplar. Aunque no se trata tanto de *falta de tiempo*, como de un modo distinto de tratar el tiempo, de considerar la vida. Es muy socorrida la excusa de quien dice no tener tiempo para algo que en realidad le gustaría hacer.

Pero esta objeción no es válida porque quien quiere siempre puede. Nada cuesta levantar los ojos al cielo o extender la mirada sobre el mar. Parece como si solamente los poetas y novelistas tuviesen acceso al mundo de la contemplación. Mantener una atenta mirada en torno al mundo que nos rodea debería ser la actitud normal de quien quiere llenarse de la belleza que el paisaje le ofrece. Tal vez la ciudad dificulte esta actitud y centre nuestra atención en la observación de los objetos artificiales, olvidando todos los elementos estéticos que consiguen hacerse presentes en el ámbito urbano, como son la luz, el sol, los amaneceres, los atardeceres, etc. El hombre moderno está más dispuesto a ver la televisión que a contemplar las estrellas, y es precisamente en esta contemplación donde el hombre *se mide a sí mismo* como persona, porque no es fácil soportar el *silencio* que este tipo de espectáculo lleva consigo.

### *El mundo de los artefactos*

Son muchas las cosas (fabricadas por el hombre) que *distraen* constantemente su atención. Siempre hay un motivo para estar ocupado en algo, para tener la vista fija en un objeto. Y a veces no acapara sólo nuestra atención sino *toda nuestra atención*. Y de esta forma olvidamos nuestra *referencia* a la Naturaleza. La aurora, el mediodía, el ocaso pasan inadvertidos en un telón de fondo donde casi no es relevante su pre-

sencia. Esto no es bueno. El hombre necesita *admirarse* de la Naturaleza, es su escenario propio: los demás son superpuestos. Tal vez pueda parecer una exageración esto último que hemos dicho, pero no lo es, porque por muy alejados que estemos de esta referencia a la Naturaleza, no deja de ser el ámbito que nos es propio. Cuando por alguna circunstancia contemplamos la naturaleza, el paisaje que nos rodea, entonces sentimos dilatarse nuestro corazón y surgen grandes preguntas dirigidas a lo que en el hombre hay de esencial. Todos ante una grandiosa puesta de sol o en la contemplación en plena montaña del arco iris, nos consideramos un poco *filósofos*. La Naturaleza —y más en determinados momentos— nos interpela situándonos en frente de nosotros mismos. Es aquí donde queríamos llegar. Mientras los *productos fabricados* por el hombre nos *distraen*, la Naturaleza nos *lleva a lo esencial*. Difícilmente unos grandes almacenes nos pueden provocar el interés de cuestionarnos a nosotros mismos. Hace falta el silencio, la soledad de los campos, de las montañas y del mar para que el hombre tome conciencia de lo que es. Cada vez las cosas que utilizamos son más *sofisticadas*, tienen mecanismos más complejos que requieren por nuestra parte concentración. Un descuido puede suponer una pequeña o gran catástrofe. Las máquinas que utilizamos —solemos decir— no son juguetes que se puedan manipular a la ligera. Es difícil que la atención del hombre descansa tranquila y apaciblemente sin sentirse atraída por los objetos artificiales que

les rodean. El hombre termina siendo *devorado* por su propia obra, en cambio cuando se enfrenta a la Naturaleza se *trasciende* a sí mismo, después de bucear en lo mejor de él. Vale la pena situarse ante un cielo estrellado, aunque este comportamiento suponga separarse unos momentos de la televisión. El hombre moderno está definitivamente mediatizado por el mundo de los objetos fabricados por él, y es muy difícil no caer presa de ellos. Llevar una *existencia auténtica en un mundo tecnificado* se presenta como una tarea con grandes obstáculos.

### *El silencio*

Cuando no se tiene no se echa de menos, pero cuando se disfruta cuesta salir de él. El silencio nos templea el alma y nos dispone a la contemplación, a *admirar* el mundo que nos rodea y a *admirarnos* de nosotros mismos. Todo adquiere con él una nueva dimensión, una presencia distinta, incluso quien lo disfruta. Parece que *con silencio* es más fácil interpelarse a sí mismo y enfrentarse con aquellos problemas que acucian a la existencia humana. El *silencio* suele ir unido a la soledad, y los dos juntos son capaces de disponer al alma a grandes conquistas, que pasan por valorar en su justa medida lo que se ha dejado atrás. Algunos son incapaces de mantener una cierta alianza con el silencio, no lo toleran, les hace daño ¿y por qué su animadversión al silencio? Tal vez la razón más importante sea

la que apuntamos, la falta de paz interior. Para los que tienen la conciencia intranquila, el silencio viene a hacerles presente su desazón interior, que termina por angustiar el alma. Además no tienen nada que decirse, porque a quien está preocupado —y ellos lo están— la preocupación acapara su pensamiento. El silencio tiene ribetes poéticos y religiosos. Efectivamente, el *silencio* mantiene cierto consorcio con la poesía y con la religión. Estar en silencio, y más en contacto con la Naturaleza, es el marco más propicio para que surjan cuestiones profundas. Sí, es cierto, el *silencio* llama a la poesía. Tal vez sea difícil concretar por qué, pero una de las razones sería ésta: que vincula el *silencio* (y la soledad) y la *contemplación estética*. Es, sin duda, más fácil percatarse de la belleza, cuando uno no está distraído por mensajes auditivos que reclaman nuestra atención. En la vida de los hombres, en la medida que sea posible, tendría que haber más tiempo de *silencio* y de soledad. Es necesario estos tiempos si no queremos enajenarnos, porque si no estaríamos dispuestos a que nuestra vida sea una fuga adelante sin el contrapeso del *mundo interior*. Es una decisión sabia el reservarse esos *tiempos diarios de silencio*, porque nos permite el redimensionar nuestra propia realidad y la ajena. No es suficiente vivir, es necesario *ser consciente reflexivamente de que se vive*. Y en este punto el *silencio* y la soledad juegan un protagonismo fundamental. Es verdad que hay que saber utilizarlos. No es fácil a veces sacar del *silencio* la mejor de sus virtualidades, en su intento mu-



chos se pierden, pero no hay más remedio que intentarlo, cueste lo que cueste.

### *La poesía*

Tal vez a algunos les pueda parecer que la *poesía* tiene poco que ver con el tema que estamos tratando. Y la realidad no es así. Quien lee *poesía* termina viendo la realidad a través de *registros poéticos*. La poesía nos va enriqueciendo la visión de las cosas, nos hace descubrir *destellos* nuevos que hasta ahora a lo mejor nos habrían pasado inadvertidos. No cabe duda que la *visión poética es enriquecedora*. Cierta realidad no es la misma para un espectador *antes y después* de leer un determinado poema. El poeta tiene la virtualidad de captar lo que a nosotros nos pasa oculto. La *admiración* está vertebrando todo poema. El poeta —al menos cuando escribe— no se *acostumbra a las cosas*. Por el contrario, intenta desvelar el valor más genuino de la realidad. Digámoslo de una vez, *sin admiración no hay poesía*, y también es verdad que la *poesía* nos ayuda de una forma muy eficaz a *admirarnos*. Después de haber leído poesía (mucho, mejor), nuestra visión del mundo queda enriquecida en gran manera. La poesía no es algo inútil, un pasatiempo sin trascendencia. Es todo lo contrario, el contenido poético entra a formar parte de nuestra *cosmovisión* del mundo. Allí donde sólo había sombras difuminadas, entra la poesía iluminándolo todo y enriqueciendo nuestra inteligencia y sensibilidad. Se equivoca quien

ve en la poesía un artificio de palabras con más o menos sentido. Tal vez se explique por eso el poco éxito que disfrutaban los libros de poemas. Es una lástima que no nos beneficiemos de lo que supondría un *auténtico lujo* para nuestra vida. Hay una diferencia abismal en cuanto a *cosmovisión* del mundo entre un lector de poemas y uno que no lo es. Poder utilizar metáfora bellísimas para referirnos a una realidad concreta es disponer de *recursos enriquecedores* para interpretar la realidad. Todo se puede improvisar menos las *lecturas* que requieren un tiempo y una sedimentación. El hombre culto no es igual a los demás, y a veces esto se olvida, y se valoran otros aspectos de la vida que en comparación no tienen ninguna importancia: me estoy refiriendo al dinero, incluso a cargos más o menos representativos.

### *La novela*

¿La *novela* tiene que ver con la *admiración*? ¿hay alguna relación entre ambas? La *novela* tiene una *virtualidad* que a muchos pasa inadvertida: ayudar a *re-descubrir* nuestra propia realidad. El que lee una *novela* se ve empujado con gran facilidad a *trasladar* las descripciones de las páginas que está leyendo a su propio mundo. ¿Quién no ha interrumpido la lectura y ha tratado de ver con nuevos ojos su entorno circundante? La lectura de una novela despierta al margen de argumento una *mayor sensibilidad*, para captar con luces nuevas nuestra realidad. La vida con si

transcurrir nos va llenando los ojos de dioptrías y terminamos por ver sólo lo que tenemos delante y además cansadamente. Todo puede terminar no teniendo interés, porque como ya se conoce acaba no interesando. Este riesgo lo tenemos todos, y en él caemos con gran facilidad. En la vida ordinaria nos faltan *recursos* para superar la monotonía a la que nos llevan los días siempre iguales. En cambio cuando leemos una *novela*, el nuevo *paisaje* que se describe en ella nos sirve de *estímulo* para conmocionar nuestra *monotonía*. Además, el mismo contenido de la *historia* que se nos narra sirve para *enriquecer* nuestra visión del mundo. Nuestra forma de *entender* la vida es muy limitada, está sujeta a circunstancias concretas, a personas determinadas. El enfrentamiento con otra *historia* diferente a la nuestra supone una pequeña *conmoción* producida por las afinidades y discrepancias, y consigue una ampliación de nuestro *horizonte existencial*. La *novela* tiene ese poder *innovador*, capaz de despertar nuevas ilusiones a la hora de interpretar la vida y el mundo. Una visión excesivamente realista y racionalista lleva con facilidad al *desencanto*. A las cosas hay que echarles encima un poco de *fantasía*, para que vuelvan a tener ante nosotros un *significado*. De la *fantasía* se ha visto siempre la peor parte: su capacidad de llevarnos a mundos inalcanzables, y tiene también otra visión que es *iluminar la vida real con notas de color y belleza*. Y es en este segundo significado donde queremos recalar, porque un poco de *fantasía* puede devolver a la vida su *encanto inicial*.

## Epílogo

Después de habernos asomado a los distintos ámbitos en donde la *admiración* debe hacer acto de presencia, queremos afirmar, antes de terminar estas páginas, la necesidad de la *juventud de espíritu* para que ésta se dé. El que es *joven de espíritu* ha ganado la batalla al *cansancio de la vida*. Hay en todo hombre un *rescoldo de luz interior* capaz de iluminar la vida con una visión nueva. Tal vez se haga difícil concretar la expresión ver *la vida con ojos nuevos*. ¿No será quizá una forma poética de hablar? Estamos convencidos de que el hombre debe precaverse del *desencanto*, el *acostumbramiento* y la *rutina*, en este ejercicio se juega la ilusión por vivir. La vida en algunas ocasiones se nos manifiesta *alegre y divertida*, pero en otras muchas hemos de ser nosotros, con nuestros *recursos interiores*, quienes demos un *sentido positivo* a lo que en un primer momento no lo tiene. Dar por sentado que la vida es como es y que nada puede cambiarla, es

un grave error. La vida independientemente de como se manifieste *debe ser interpretada en clave positiva*. La *admiración es agradecida*, porque sabe siempre ver el lado bueno de la vida. El que *se admira, ríe interiormente*, porque redescubre lo bello que el mundo le ofrece. Ante el actual pasotismo nos parece necesario reivindicar una *visión asombrada de la vida*, fruto de la *admiración*. Y también frente al actual *consumismo* nos parece necesario reivindicar un *redescubrimiento de lo que se tiene*, antes que adquisiciones nuevas, *redescubrimiento* también fruto de la *admiración*. La *admiración es consecuencia del amor*, quien ama contempla, mira con cariño la realidad de todas las cosas, ve siempre sobre la monotonía un rayo de luz capaz de alegrar el corazón. *Quizá falten corazones alegres*. Son muchos los que sucumben ante la queja. Quejarse es un modo equivocado de estar en la vida. Ver únicamente el lado oscuro de la realidad no sólo es una imparcialidad sino algo más: una falta de justicia. Si desde aquí hemos contribuido a fomentar la esperanza de tener unos ojos recién estrenados movidos por un corazón alegre hemos cumplido nuestro objetivo. Si la misma vida debe ser objeto de *admiración*: ¿no lo será todo lo demás?

## TÍTULOS PUBLICADOS

### SERIE GRANDE

Cómo reconocer la fertilidad. El método sintotérmico (2.ª ed.)  
A. Otte, C. Medialdea, F. González y P. Martí

El mentir de las estrellas. Ensayo sobre la superstición  
Rafael Rodríguez Vidal

Fátima, 1917. El acontecimiento «paranormal» más espectacular de la historia moderna  
Gerard J. M. van den Aardweg

Periodismo especializado  
Montserrat Quesada Pérez

El libro de los santos  
Omer Englebert

Al otro lado de la vida. Explorando el fenómeno de la experiencia ante la cercanía de la muerte  
Evelyn Elsaesser-Valarino

Cocina inteligente. 777 recetas  
Alicia Bustos Pueche

Cómo hablar a los jóvenes de sexualidad, amor y procreación.  
136 respuestas a sus preguntas  
Ana Otte

Nueva historia de la música (2.ª ed.)  
José Luis Comellas

En el principio creó Dios... Creación del Universo, que prosigue, y que la Ciencia va descubriendo (2.ª ed.)  
Benito Orihuel Gasque

Los trucos del microondas (2.ª ed.)  
M.ª Angustias Torres Rojas

Guía del hipocóndrico hacia la vida. Y la muerte  
Gene Weingarten

Cómo valorar mi sexualidad  
Manuel Barceló



1.001 refranes españoles con su correspondencia en ocho lenguas (alemana, árabe, francesa, inglesa, italiana, polaca, provenzal y rusa)

*Julia Sevilla Muñoz y Jesús Cantera Ortiz de Urbina* (eds.)

La publicidad radiofónica en España. Análisis creativo de sus mensajes

*Clara Muela Molina*

José de Nazaret en el Tercer Milenio cristiano. Panorama eclesial, bíblico y teológico

*Josemaría Monforte*

La ética de cada día

*Ferran Blasi i Birbe*

Cómo funciona mi cuerpo

*Concepción Medialdea Fernández*

Curso de reconocimiento de la fertilidad. Manual de métodos Naturales

*Instituto Valenciano de Fertilidad, Sexualidad y Relaciones Familiares (IVAF)*

Curso de educación de la sexualidad para adolescentes. (Programa SABLE)

*Concepción Medialdea, Ana Otte y José Pérez Adán*

SERIE BOLSILLO

Técnica de ventas en ciento veintiuna reglas de oro

*Jan L. Wage*

Cuidando su corazón. 249 recetas culinarias

*Pilar Osés*

¡Mujer! ¡Atrévete a dirigir!

*Barbro Dahlbom-Hall*

La convivencia (5.ª ed.)

La admiración. Saber mirar es saber vivir (3.ª ed.)

La ilusión. La alegría de vivir (5.ª ed.)

La madurez. Dar a las cosas la importancia que tienen (4.ª ed.)

La tolerancia (4.ª ed.)

La intimidad. Conocer y amar la propia riqueza interior (5.ª ed.)

La sensibilidad. Nada de lo humano me es ajeno (2.ª ed.)

La afectividad. Los afectos son la sonrisa del corazón (2.ª ed.)

La elegancia. El perfume del espíritu

*Miguel-Ángel Martí García*

Padres y profesores (3.ª ed.)

*Fidel Sebastián Mediavilla*

877 refranes españoles con su correspondencia catalana, gallega, vasca, francesa e inglesa (2.ª ed.)

*Julia Sevilla Muñoz y Jesús Cantera Ortiz de Urbina* (eds.)

Nueva cocina práctica. 350 recetas (3.ª ed.)

*Adela Garrido*

Educar la voluntad. Un proyecto personal y familiar

Educar el corazón

Educar la inteligencia

*Oliveros F. Otero*

Por qué llevan los padres a sus hijos a hacer deporte

*Arturo Pérez Belló*

¡Escucha... y verás!

*José Antonio Íñiguez Herrero*

Buena vida, vida buena. Sugerencias para el siglo XXI

*María Hernández-Sampelayo Matos*

El feminismo ha muerto ¡Viva la mujer!

*Josefina Figueras*

La sombra rasgada. El encuentro con Dios en un tiempo de búsqueda

*Antonio Ariza*